

LA ESPADA Y LA CRUZ. LA BATALLA DE MURET

Alberto Raúl ESTEBAN RIBAS¹

RESUMEN

El 12 de septiembre de 1213, en la llanura de Muret, el rey Pedro II de Aragón, al frente de una coalición de nobles occitanos, fue derrotado y muerto por las fuerzas cruzadas de Simón de Monfort. Bajo el pretexto de erradicar la herejía cátara, los cruzados llevaban más de cuatro años saqueando las ricas tierras tolosanas y provenzales, atacando personas y propiedades tanto de católicos como de cátaros, todos ellos vasallos del rey de Aragón. En defensa de sus derechos feudales, y manteniendo una honda reverencia por sus compromisos vasalláticos, el rey Pedro II se erigirá en el firme defensor de la causa occitana frente a la agresión, y en última instancia, con la mente puesta en el objetivo de crear un reino que abarcase desde las orillas del Ebro hasta el Ródano, con los Pirineos como columna vertebral. Pero los sueños del monarca se verán truncados en la pesadilla de Muret: sus fuerzas, en su mayor parte inexpertas, serán derrotadas por las veteranas fuerzas de Monfort. Tradicionalmente se han dado unas explicaciones genéricas al desarrollo táctico de la batalla, sin tener en cuenta la experiencia guerrera del monarca y de sus principales consejeros, ni las especiales características del terreno, así como los condicionantes y tensiones políticas existentes en el bando hispano-occitano sobre la dirección política de la guerra y del planteamiento táctico.

En este artículo se ha pretendido aportar un poco de luz en el debate, siguiendo un desarrollo argumental basado en la constatación de hipótesis, tras un exhaustivo análisis de fuentes y de hechos, utilizando la información militar disponible y evaluando las diferentes alternativas existentes. Así, tras

¹ Historiador.

un pormenorizado estudio, se esboza un planteamiento táctico totalmente diferente a las versiones tradicionales, permitiendo comprobar como el joven rey Pedro II actuó de una manera profundamente profesional y honorable, buscando la batalla como elemento político de presión para concluir la guerra a favor de la Corona de Aragón.

PALABRAS CLAVE: Muret, Pedro II, Aragón, Cataluña, cátaros, 1213, medieval, Simón de Monfort, batalla, cruzada.

ABSTRACT

On September 12, 1213, in the plain of Muret, the king Pedro II of Aragon, at the head of a coalition of Occitanian nobles, was defeated and died by the crusaders forces of Simon of Monfort. Under the pretext of eradicating the Cathar heresy, the crusaders ones were going more than 4 years plundering the rich lands tolosains and provenzals, excelling themselves in their mission, and attacking persons and properties of Catholics, vassals of the king of Aragon. It will be in defense of his feudal rights, and supporting a sling he reveres for his feudal commitments, the king Pedro II improve to defend road surface of the Occitanian reason opposite to the aggression, and in last instance, with the mind put in the aim to create a kingdom that it was including from the shores of the Ebro up to the Rhone, with the Pyrenees as vertebral column. But the dreams of the monarch will meet truncated in Muret's nightmare: his forces, in its most inexpert, will be defeated by the veteran forces of Monfort.

Traditionally the special characteristics of the area have given themselves a few generic explanations to the tactical development of the battle, without bearing in mind the warlike experience of the monarch and of his principal counselors, not, as well as the determining ones and political existing tensions in the Hispanic-Occitanian decree on the political direction of the war and of the tactical exposition. In this article it has tried to throw a bit of light in the debate, contributing a plot development based on the contrastación of hypothesis, after an exhaustive analysis of sources and of facts, using the military available information and evaluating different alternative existing. This way, after a detailed study, there is outlined a tactical approach totally different from the traditional versions, allowing to verify as the young man king Pedro II acted in a deeply professional and honourable way, looking for the battle as political element of pressure to conclude the war in favour of the Crown of Aragon.

KEY WORDS: Muret, Pedro II, Aragon, Catalonia, cathars, 1213, medieval, Simon of Monfort, battle, crusade.

* * * * *

Introducción

La batalla de Muret, el jueves 12 de septiembre de 1213, representa una fecha emblemática para la historia de Cataluña, Aragón, Francia y las tierras occitanas. Ese día se decidió el futuro de una región, la supervivencia de un determinado modelo de sociedad y el desarrollo de la historia actual que conocemos. Los interrogantes que se plantean ante la pregunta de qué hubiera pasado si en Muret los cruzados hubiesen sido derrotados, muestran un camino en la historia europea que podría haber sido totalmente diferente.

Para Francia significó la apertura hacia nuevos territorios, ricos y fértiles, que permitirían a la dinastía Capeto reinante consolidar su poder y asentar las bases de la potencia medieval francesa.

Para las tierras occitanas significó el inicio del fin de su sociedad, de sus leyes y costumbres, y de ver truncado un camino hacia su unificación.

Para la Corona de Aragón la derrota de Muret significó mucho más que un revés militar, representó el cierre de una expansión ultrapirineica iniciada dos siglos atrás, la pesadilla que enturbió el sueño de crear un estado que abarcase desde el Ebro hasta el Ródano, con las montañas de los Pirineos como columna vertebral. Pero a su vez, también significó un giro en la política estratégica catalano-aragonesa, que, tras la derrota, se centró en el ámbito estrictamente peninsular, y que le reportó las bases para que, a la larga, se consolidase como potencia marítima durante dos siglos.

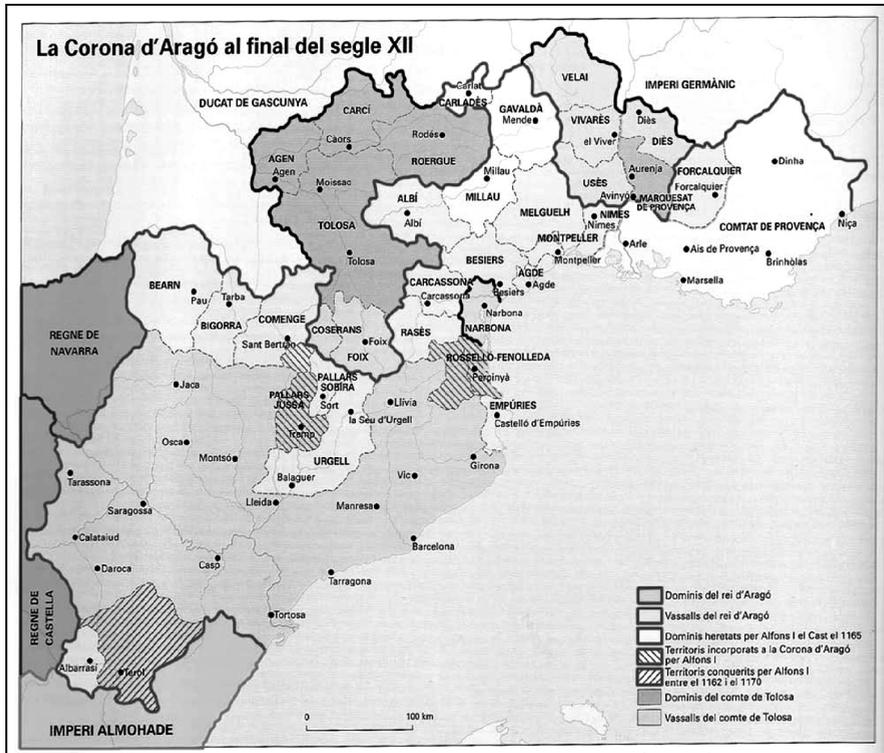
La batalla de Muret, dentro del contexto político-ideológico medieval, significó, a los ojos de sus contemporáneos, un auténtico Juicio de Dios, una legitimación divina del bando vencedor, y una condena moral para el derrotado. Y, sin embargo, a la luz de los acontecimientos posteriores de la cruzada albigense, la batalla no significó una sentencia definitiva de muerte para la causa occitana; de hecho, en los años siguientes, los occitanos se recuperaron del revés y reconquistaron buena parte de su territorio a los invasores cruzados del Norte; la guerra se alargaría por espacio de más de

40 años, y no será hasta la plena implicación de la monarquía francesa cuando el conflicto llegue a un desarrollo significativo².

Por el contrario, para el bando catalano-aragonés, la derrota representó un cataclismo de connotaciones impredecibles en aquellos momentos. Y sin embargo, el hecho en sí, una derrota militar, no tendría por qué haber supuesto tal catástrofe. Pero fueron las especiales circunstancias de Muret las que la configuran como una batalla decisiva para la historia de la Corona de Aragón: allí moría un rey, un soberano que había sido un jefe guerrero toda su vida y que, cuando empezaba a madurar como monarca, perdía la vida. Pero a su vez, su hijo, un muchacho de apenas 5 años, era llamado al trono justamente cuando estaba bajo la custodia del verdugo de su padre; difícil porvenir se le planteaba al futuro Jaime I en aquel otoño de 1213.

El historiador moderno, a la hora de reconstruir y narrar los hechos acontecidos en el pasado, se encuentra, entre las muchas dificultades que entorpecen su camino, con dos escollos importantes: en primer lugar, cuenta con la supuesta ventaja –que en ocasiones, se transforma en un auténtico inconveniente– de conocer los hechos, de saber qué ocurrió, por lo que se tiende a justificar, explicar, sugerir o corregir las actuaciones de los actores, teniendo toda la información y sin tener en cuenta el contexto real de cómo se desarrollaron aquellos hechos y justamente conocer cuál era la información y recursos disponibles de los intervinientes, comportándose como un demiurgo que, actuando ahistoricamente, relativiza los hechos pasados en función del contexto presente. El otro error es partir de la base de que los

² Las campañas militares de la cruzada albigense se pueden dividir en los siguientes períodos:
De 1209 a 1215: cruzada de la Iglesia y de Monfort; éxitos iniciales de los cruzados en Occitania, a las órdenes de Simón de Monfort, que conquista la mayoría de los territorios meridionales. La intervención de la Corona de Aragón queda anulada con la muerte del rey Pedro II en la batalla de Muret (1213). Tras la batalla, los señores occitanos huyen del territorio, y se alcanza una paz ficticia.
De 1215-1225: reconquista del territorio occitano. El conde Raimon VII inicia junto a su padre, Raimon VI, una exitosa campaña de reconquista de todas las posesiones perdidas. La muerte de Monfort, durante el asedio a Tolosa (1218) hace zozobrar el liderazgo militar del bando cruzado.
De 1225-1229: intervención real francesa. El rey Luis VIII inicia una campaña de conquista del territorio tolosano. El conde Raimon VII y el rey de Francia firman la paz en 1229, con el Tratado de Meaux-París: una de las cláusulas del tratado establecía el matrimonio de la hija del conde, Juana de Tolosa, con un hermano del rey, Alfonso de Poitiers, y la condición que si del matrimonio de los anteriores no había descendencia, las tierras del condado pasarían a la corona de Francia.
De 1229-1244: represión de la Inquisición. Firmada la paz, la Inquisición actúa en territorio occitano, reprimiendo cualquier actividad cátara. Ante sus abusos, se producen numerosas revueltas y sublevaciones urbanas. En 1242 el conde Raimon VII intenta organizar la rebelión, pero la monarquía francesa logra imponerse. El conflicto alcanza su cenit en 1244, con la conquista de la fortaleza de Montsegur, sacro refugio cátaro. Con la toma del último reducto cátaro, Queribus (1255), finaliza la larga guerra. El matrimonio de Juana y Alfonso de Poitiers no tuvo descendientes; Juana morirá en 1268, y Alfonso en 1271, por lo que el condado de Tolosa se integrará definitivamente en el reino de Francia.



Occitania y la Corona de Aragón

tiempos pasados constituyen épocas donde los planteamientos, teóricos y prácticos militares están totalmente faltos de madurez, sin criterios tácticos adecuados, donde sólo impera la fuerza bruta: en el caso concreto de la historia militar medieval, esto conduce al error de plantear cualquier batalla como un combate confuso, tosco y brutal entre caballeros, a los cuales solo les guía el ansia de notoriedad y reconocimiento caballeresco. Se tiende, pues, a dar explicaciones en base a nuestras concepciones actuales, valorando un hecho, una frase, una acción o una omisión, teniendo en cuenta nuestra moral, nuestros conocimientos, sin situarnos en el contexto estricto del momento que se analiza.

Los historiadores reconstruyen Muret recurriendo a los mismos argumentos y con las mismas explicaciones sobre las tácticas, pero sin llegar a analizarlas, banalizando sobre las consabidas leyendas sobre el rey Pedro, recurriendo a los mismos tópicos una y otra vez sin llegar a un estudio directo y racional de la batalla en sí misma. Es por ello que alrededor de la

batalla de Muret, y en el marco general de la cruzada albigense, se han creado un conjunto de preconceptos y prejuicios, mezclando hechos con ideologías, historia con política, visiones parciales y enfoques subjetivos³.

La figura trágica del rey Pedro II es la pieza principal del drama de la batalla de Muret; estudiado y juzgado por los historiadores, de él nos ha pervivido una imagen fragmentada, borrosa, y sobretudo parcial y maniqueísta. En Pedro se unen tanto las virtudes del orden de la caballería –nobleza, honor, orgullo y valor– junto a los vicios de un señor feudal –lujuria, prodigalidad, soberbia–. Además, todos los males, todos los errores de la batalla nacieron en su persona, en sus defectos; de hecho, no son pocos los que culpabilizan únicamente al rey Pedro del resultado final de la batalla de Muret⁴.

Y sin embargo, si analizamos la trayectoria vital del soberano, de sus experiencias bélicas⁵, y las encardinamos en el contexto histórico de aquel

³ Buena parte de la historiografía francesa, occitana y catalana explican la batalla de Muret y, por extensión, la Cruzada albigense, como un conflicto internacional entre tres naciones, culturas y sociedades diferentes, y cada parte sacraliza a su bando y demoniza a sus antagonistas; así, para muchos historiadores catalanes y occitanos, los franceses significaban la invasión de hordas bárbaras que, sedientas de riqueza y sangre, se abalanzan sobre los ricos territorios occitanos, destruyendo su liberal y aperturista civilización. Por ende, los historiadores franceses destacan el *proceso natural* de unificación de Francia, y como la Cruzada albigense permitió conjurar la amenaza expansionista catalano-aragonesa.

⁴ Pedro aparece como un libertino, que sucumbe a los pecados de la carne, y por ello pagará en el campo de batalla; también nos es descrito como un alocado y mal estratega que imprudentemente se sitúa en el centro de sus tropas –en lugar de la retaguardia– y, además, con la armadura de otro caballero, que, supuestamente, ha intercambiado tras perder una apuesta de juego.

⁵ La experiencia militar del rey Pedro II abarca, a parte de su período de instrucción como caballero, desde 1195 a su muerte en 1213. Su primera acción bélica fue en el verano de 1195, cuando participó en una breve campaña militar con Alfonso VIII de Castilla, contra tierras leonesas; en 1197, Pedro II forma parte de una expedición castellana de saqueo de tierras andaluzas; pero ante el avance de un fuerte contingente de tropas musulmanas las fuerzas combinadas cristianas se retiran al castillo de Madrid, sin entrar en combate campal; en 1198 realiza una incursión en tierras navarras, ocupando las villas de Roncal, Burgui y Aibar. Hacia diciembre de 1204 está al frente de una expedición contra el condado de Forcalquer, en apoyo de su hermano Alfonso, conde de Provenza; posteriormente, en febrero de 1205 dirige operaciones militares en la región de Albi, en la que se apodera de varios castillos; de hecho, en julio de ese mismo año, Inocencio III escribe una carta a sus legados en la que les indica que entreguen el castillo de Escura al rey Pedro, en agradecimiento por que éste lo había conquistado meses atrás a los herejes cátaros. Durante el verano de 1206 se realiza una campaña contra el conde de Forcalquer, que había roto la tregua de paz con Provenza. Entre junio y agosto de 1210 reúne un ejército para emprender una expedición contra Valencia; las operaciones iniciales se centran en la toma de los castillos de Ademuz, Castellfabit y Sertella. La acción militar que le reportó más prestigio como soldado y renombre internacional como jefe cristiano y estratega, fue la campaña de las Navas de Tolosa: su actuación fue decisiva en la victoria de los reinos españoles sobre los almohades, destacando un cuerpo de ballesteros montados en el flanco de los musulmanes, con el fin de hostigar al enemigo; su ataque fue sincronizado con la carga cristiana, para facilitar la ruptura de la línea.; de la actuación personal del monarca, de su valentía y habilidad en el combate dan testimonio las crónicas de la batalla. Y a

verano de 1213, las opiniones sobre el rey Pedro deberían ser otras bien diferentes. Desde un punto de vista político-militar, Pedro II de Aragón aparece como un jefe guerrero experimentado y prudente, que recurre a la guerra sólo como un último recurso, y como tal, la empleará, como diría Clausewitz, por ser la «continuación de la política, por otros medios». Pedro no persigue en Muret la destrucción del ejército cruzado, busca la solución negociada al conflicto occitano; la victoria en el campo de batalla le hubiera permitido obtener una paz duradera y afianzar su dominio en los territorios meridionales de la antigua Galia romana. A diferencia de otros soberanos, Pedro luchó y murió en el fragor del combate, frente a la caballería más potente de Europa, transmitiéndonos la idea romántica de su ideal caballeresco, pero cabría decir aquí que Pedro no eligió morir como un destino determinado, ni por vanidad ni por gloria, sino que las circunstancias lo condujeron a ello; su empeño en permanecer cerca del lugar de la acción se emmarcó en su capacidad de liderazgo, en su intento de motivar a sus hombres, que con su ejemplo pudieran mantener la cohesión y el espíritu de lucha frente al enemigo. No fue, pues, un acto de búsqueda de gloria personal, ni de reconocimiento de su valentía y heroísmo, sino un acto de sacrificio y de valor táctico que, siglos después se puede justificar y dignificar.

En el presente estudio se ha pretendido arrojar algo de luz sobre la batalla de Muret, su significado, el por qué de la misma, cuáles fueron los hechos relevantes que marcaron los acontecimientos, quienes fueron los principales actores del drama y cuáles fueron los planteamientos tácticos que decidieron el transcurso de la batalla.

Antecedentes

Pedro II el Católico nació hacia 1177⁶. Era hijo de Alfonso II el Trobador y Sancha de Castilla. Proclamado rey por las Cortes en Daroca, en 1196,

finales de agosto y principios de septiembre de 1213, en su itinerario hacia Tolosa, asiste a la rendición de las fortalezas de la cuenca del Garona, que se rinden a su paso. Sin embargo, la rapidez de movimientos del soberano (cruza los Pirineos entre el 28 y el 30 de agosto, y aparece en las cercanías de Tolosa, entre el 7 y el 9 de septiembre, según las fuentes) hace pensar que en estas acciones no hubo un desarrollo bélico, y que se trató de rendiciones pactadas.

⁶ Para indicar la fecha de nacimiento, seguimos la obra de Antoni Rovira i Virgili, *Història de Catalunya*. Otras fuentes indican el nacimiento de Pedro hacia 1174, 1175 o 1178; el lugar de nacimiento también presenta dudas, puesto que tanto Jaca, Huesca y Tarragona se disputan el honor. Respecto de la ordenación del monarca, se opta por seguir la nomenclatura general del reino de Aragón a la hora de nombrar a sus reyes; así, Pedro II de Aragón y I de Cataluña.

tras la muerte de su padre⁷, heredó el reino de Aragón, los condados de Barcelona, Gerona, Osona, Besalú, Cerdaña, el Pallars Jusá, Rosellón y Ribagorza; su hermano Alfonso heredaba el condado de Provenza, de Millau, de Gavaldá y Rases. La política interna del rey Pedro II se centró en reafirmar el poder de la monarquía frente a la nobleza, especialmente en Cataluña⁸. Como rey de Aragón contó con el apoyo de la nobleza aragonesa, que lo veía como continuador de la obra de su padre Alfonso. Desde su posición de conde de Barcelona, contó con el apoyo de los barones catalanes, si bien tuvo que actuar como *primus inter pares* con los otros condados independientes (Empúries, Pallars, Urgell).

En su reinado (1196-1213) se distinguen dos etapas, relacionadas con los sucesos en tierras occitanas. Una primera etapa abarca sus primeros doce años de reinado (1196-1208), período en el que Pedro busca su afirmación real, la consolidación de su figura a nivel interno –fin del tutelaje político de su madre, coronación en Roma, alianza con Castilla– y externo –expansión diplomática en Occitania, boda con María de Montpellier–; en esta primera parte de su reinado contó con la ayuda de los buenos consejeros⁹ que habían probado su valía en tiempos de su padre Alfonso II el Trobador.

El siguiente período (1209-1213) se centra en su política occitana, con el intervalo de la campaña de las Navas de Tolosa, y finaliza con su dramática muerte en la llanura de Muret. En estos años el rey Pedro intentó buscar una salida negociada al conflicto generado por la cruzada albigense en las tierras occitanas, que afectaban por igual a tierras tolosanas como a señoríos ligados por lazos feudales a la Corona de Aragón, de tal manera que se salvaguardara el prestigio de la Iglesia católica, pero a la

⁷ La muerte sorprendió, a los 45 años, a Alfonso II en Perpiñán, a donde había acudido con la intención de recabar recursos para mantener su política expansionista. Como dice Ferrán Soldevila, la muerte de Alfonso le sustraía de sus pueblos, tal y como había sucedido con su padre y con su abuelo, en el momento que había alcanzado su madurez política y había dejado atrás los impulsos juveniles.

⁸ En la asamblea de Barcelona (1198) el rey tuvo que ceder a las presiones de la nobleza de quedar exenta del alcance de la jurisdicción de la Paz y Tregua –que permitía al soberano intervenir como árbitro en las causas entre señores y agricultores o en las luchas entre vasallos de un mismo señor–. Esta pretensión fue reafirmada en la siguiente asamblea de Barcelona (1200) y en la de Cervera (1202), donde los nobles consiguieron que la Paz y Tregua se aplicase sólo en las posesiones del rey, dejando a un lado las tierras de los nobles.

⁹ Según Miret y Sans, en su *Itinerario*, en estos primeros años el rey Pedro cuenta con la ayuda de su madre, doña Sancha, el conde de Empúries y el vizconde de Cardona. A nivel oficial, los consejeros de Aragón serán los nobles Guillem de Castellazol, Pedro Ladrón y Eximen de Luesia; para Cataluña, los asesores son Pere, sacristán del obispado de Vic, Guillem Durfort y Guillem de la Granada.

vez se protegiesen los intereses de los nobles occitanos vasallos y los de la Corona¹⁰.

El recuerdo que ha pervivido hasta nosotros de este monarca siempre ha presentado una doble visión, un balance positivo –especialmente al principio del reinado– y un resultado negativo –que culmina con su muerte en Muret–. Así, Pedro II se presenta como un caballero fiel a los ideales de su tiempo, incluso hasta sus últimas consecuencias. Jovial, aventurero e impetuoso, pero a la vez inmaduro, disoluto, algo irreflexivo y temperamental. Quizás en el rey no se den ni mejores ni peores virtudes que en otros monarcas de su tiempo o de su linaje, pero los acontecimientos que derivaron hasta su muerte quizás han pesado más en el pensamiento y juicio colectivos, y la imagen ensombrecida de su recuerdo es la que ha perdurado hasta nosotros.

La cuestión militar

Probablemente muy pocas artes están dominadas por la tradición como el arte militar¹¹. Esta actitud ha estado tan generalizada que pensadores militares de la categoría de sir B.H.Lidell Hart consideraban a la Edad Media como una etapa oscura y gris¹²: los caballeros se lanzaban a la batalla, en pos de la gloria personal, en violentos combates individuales, donde imperaba la fuerza sobre la táctica.

La guerra medieval, a pesar de la imagen popular creada, no se basaba en las batallas¹³; las guerras de asedio y defensa de plazas, las cabalgadas

¹⁰ Siguiendo a Miret y Sans, en su *Itinerario*, los consejeros de Pedro en este período son: Miguel de Luesia, García Romeu y Ximén Cornel para los asuntos de Aragón, y Dalmau de Creixell, Guillem de Cardona y el senescal Guillem Ramón de Montcada para las cuestiones de Cataluña.

¹¹ CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Pág. 86. El gran medievalista francés era también de la opinión que el rasgo característico de la guerra feudal era la caballería pesada, armada con lanza y espada, modelo que predominaría en todo el continente.

¹² Según Lidell Hart «El espíritu militar de la caballería occidental era enemigo del arte, aunque la estupidez gris de sus acciones se ve iluminada por algún aislado fulgor (...). Finalmente, tras unos siglos de vacío absoluto, llegaba Oliver Cromwell, calificado como el primer gran estratega de la época moderna». Encyclopaedia Británica. Edición 1948. A parte de suponer una extrema simplificación de una historia militar que abarca mil años, merece la pena destacar la coletilla final referida a Cromwell: el etnocentrismo de Lidell Hart le hace prescindir de las figuras de Gonzalo Fernández de Córdoba, Hernán Cortés, Fernando Álvarez de Toledo, Álvaro de Bazán, Alejandro Farnesio, Mauricio de Nassau, Ambrossio Espinola, Albrecht von Wallenstein, Gustavo II Adolfo de Suecia, el príncipe de Condé, el vizconde de Turenna...

¹³ La cruzada que asoló las tierras meridionales de Francia se prolongó durante más de 40 años (1209-1255). Durante los primeros veinte años se desarrollaron las acciones más violentas y crueles de la guerra, acciones centradas, desde el punto de vista militar, en operaciones de asedio y conquista de ciudades y fortalezas, y donde solo se pueden encontrar dos acciones campales: Castelnou d'Arri (1211) y Muret (1213).

en territorio enemigo –con su equivalente musulmán de las *razzias*–, las acciones de pillaje y saqueo, etc. eran las formas más comunes de la acción bélica. En la época se usaba una expresión para referirse a este concepto, la «guerra guerreadora»¹⁴, basada en la conquista de plazas y ciudades¹⁵, en emboscadas, correrías y cabalgadas¹⁶, en la destrucción de los puntos y zonas de avituallamiento del campo enemigo, etc.

En términos estrictamente militares, la guerra medieval es una *guerra limitada*, cuyas características prevalecerán en Occidente hasta el siglo XVIII –con la irrupción de la Revolución Francesa y Napoleón Bonaparte–; supone la intervención de efectivos relativamente reducidos, con unos objetivos limitados –corregir fronteras, someter a un vasallo, prestigio personal–, sin la finalidad de una guerra de aniquilación. Con todo, la batalla campal, la confrontación en campo abierto era considerada como el clímax de la guerra, el acontecimiento que daba sentido heroico a una campaña, y el punto culminante de las aspiraciones de los contendientes. Independientemente de los protagonistas que afectaba, una batalla era un acontecimiento de entidad y relevancia independientes de cualquier otro hecho, digna de ser contada. La abundante literatura que ha pervivido hasta nuestros días indica de la aceptación de este fenómeno; a su vez, el detalle con que determinados hechos son descritos –hazañas de los reyes, lance de los caballeros– mientras que otros detalles de los combates son prácticamente obviados en las crónicas –como la composición y tamaño de las fuerzas, acciones de los peones, asedios, correrías, etc.– son reveladores del interés y motivación personal y social de los cronistas.

La imagen del choque frontal entre masas de caballería e infantería ha pervivido en el imaginario doctrinal y popular, durante generaciones; acciones heroicas, cargas de caballería, confusos combates, duelos singulares a espada, rápidas cabalgadas, etc. vienen a nuestra mente cuando rememora-

¹⁴ El término proviene de la Crónica de Ramón Muntaner: *guerra guerrejada*.

¹⁵ La conquista de una región discutida sólo podría ser conseguida por la ocupación o la destrucción de sus castillos: En España, la línea de fortificaciones de Castilla la Nueva, en Francia, las fortalezas del Vexin, y en Inglaterra, la red de castillos en Escocia y en Gales.

¹⁶ En la Península Ibérica se formó una tradición militar propia basada en acciones limitadas y golpes de mano, con la intención de hostigar el territorio enemigo y detraerle recursos económicos minando su moral. Los siguientes términos expresan diferentes tipos de acción: Algarada: incursión por sorpresa; se basa en la utilización de la emboscada y el ataque por sorpresa, generalmente sobre un objetivo concreto y determinado (castillos, torres de vigía, aldeas, convoyes); realizada la acción, las fuerzas incursoras se retiraban a sus bases de partida, sin solución de continuidad. Cabalgada: incursión en campo enemigo, con objetivos delimitados y más amplios que en la algarada; en la cabalgada se trataba de internarse en campo enemigo, con la intención de destruir recursos y saquear el territorio. La acción podía realizarse durante varios días o semanas y en una extensión amplia de territorio enemigo. Según el número de participantes, la cabalgada se hacía a descubierta (sin ocultarse) o encubierta (cuando el número de participantes obligaba a pasar más desapercibidos).

mos un combate medieval. Y sin embargo, esta ensalación de la batalla no se correspondía con la realidad de la guerra medieval. Los estudios histórico-militares revelan cómo los conflictos medievales no se basaban en confrontaciones campales, y que sólo en contadas ocasiones éstas se constituían en decisivas en los conflictos. Sin embargo, el hecho que las batallas fuesen acontecimientos excepcionales e infrecuentes no es óbice para que no sean tenidas en consideración; en ocasiones las batallas tuvieron consecuencias políticas y estratégicas de muy largo alcance:

- En la consolidación (los Capeto en Bouvines, 1214) y destrucción (los Hohenstaufen en Benevento, 1266) de dinastías.
- En la formación de reinos (la batalla de Vouillé, entre francos y visigodos, 507).
- En la conquista de nuevos territorios (Guillermo de Normandía en Inglaterra, en la batalla de Hastings, 1066), el avance de las fronteras (los reinos cristianos frente al-Andalus, en la batalla de las Navas, 1212).
- Reafirmación de la soberanía nacional (la batalla de Courtrai, entre franceses y flamencos, 1302), etc.

Las circunstancias y consecuencias que rodeaban la batalla hacían que un jefe experimentado en la mayoría de las ocasiones, rehuyera plantear combate campal y prefiriera acciones tácticas como asedios, cabalgadas, etc. Una derrota en el campo de batalla podía comportar consecuencias irreversibles: muerte de un monarca, destrucciones en el país, imposición de tributos, pérdida de territorios y de soberanía e incluso la aniquilación de una determinada sociedad, etc. La aceptación de una batalla sólo podía obedecer a dos circunstancias: el aprovechamiento de una ventaja táctica o una necesidad extrema; en Muret, las fuerzas enfrentadas se encontrarían cada una por su lado, ante tales condicionantes. Las lecciones que enseñaba el *Epitoma Rei Militaris* de Flavio Vegecio¹⁷, el tratadista militar romano de

¹⁷ Junto a Vegecio, podemos encontrar otros autores y libros clásicos que, formando parte de la educación medieval, podían enseñar lecciones de táctica y estrategia a los guerreros feudales:

Eneas el Táctico: *Poliorcética*

Flavio Josefo: *La guerra de los judíos*

Frontino: *Stratagema*

Jenofonte: *Anábasis*

Jordanes: *Origen y gestas de los godos*

Julio César: *La Guerra de las Galias, La Guerra Civil*

Livio: *Historia*

Polibio: *Historias*

Polieno: *Estratagemas*

Silio Itálico: *Púnica*

Suetonio: *Los Doce Césares*.

Salustio: *La guerra de Yugurta*.

mayor influencia en la Edad Media, indicaban que la batalla campal, para el perdedor, significaba la destrucción de todas sus esperanzas y posibilidades; en cuestión de horas se podía perder la labor de meses, años y generaciones enteras.

Otra de las imágenes estereotipadas de la guerra en la Edad Media es la correspondiente al tamaño de los ejércitos; tradicionalmente se consideraban como ciertas las cifras relativas a miles y miles de combatientes por bando. Fue J.F. Verbruggen en su *The Art of Warfare in Western Europe during the Middle Ages*, quien se cuestionó el valor de los datos presentados por los historiadores, fundamentalmente anglosajones, puesto que según él, tendían a exagerar el tamaño de los ejércitos medievales —además de reducir conceptualmente las batallas medievales a simples peleas, desorganizadas, basadas sólo en combates individuales y en que falta cualquier coherencia táctica—. Para Verbruggen las fuerzas militares eran mucho más pequeñas que las consideradas anteriormente, que los guerreros montados luchaban en pequeñas unidades tácticas, y que los comandantes mostraban habilidad táctica considerable en la maniobra y la ordenación de sus unidades. Pero, por muy cuidadosas que fueran las acciones preparatorias del combate, disponer de un terreno favorable para el despliegue táctico, poseer información fehaciente sobre el enemigo, mantener una logística adecuada, presenciar presagios favorables, reunir a fuerzas suficientes, etc. el desenlace final de una batalla era impredecible; cualquier pequeña circunstancia o imprevisto¹⁸ podía decantar la balanza hacia un contendiente o el otro. Los guerreros conocían que, a veces, la fortuna podía contar en una batalla tanto como la experiencia, la disciplina, el valor, o la justicia de la causa, por lo que, dentro del fervor religioso de la época, se invocaba la intercesión divina para alzarse con la victoria.

Las tácticas

La guerra medieval se basó principalmente en la toma de fortalezas y zonas de recursos del enemigo; era una guerra estática, de posiciones, y no

¹⁸ Los elementos que podían incidir en el devenir de la batalla pueden agruparse en diferentes tipos: morales (baja moral, falta de moral de combate, estallidos de pánico o exceso de euforia, malos presagios, complejos de superioridad, desprecio del enemigo), tácticos (cálculos equivocados, órdenes mal expresadas o comprendidas, descoordinación, movimientos mal ejecutados o no ejecutados, acciones precipitadas, ausencia de órdenes), de información (informaciones erróneas, rumores inquietantes, traiciones e infidelidades) y de instrucción (contingentes sin preparación o desorganizados, armamento inadecuado, actos de indisciplina).

de maniobras. Las operaciones campales estaban muy limitadas en la práctica. No obstante, y puesto que trabajo libro trata de la batalla de Muret, nos centraremos en esbozar las principales líneas operativas de las tácticas militares en los albores del siglo XIII.

El elemento definidor por antonomasia de la táctica en este período es el papel de la caballería feudal, por un doble motivo: por su profesionalidad y por su potencia de choque. A pesar de su reducido número en relación con el resto de fuerzas de un ejército (lanceros, arqueros, especialistas, etc.), la caballería será el elemento vertebrador de la mayoría de los ejércitos feudales. Su papel de liderazgo militar apareció tras la batalla de Andrianópolis (378) y se incrementará con el paso de los siglos, siendo el inicio de su apogeo el ejército de Carlomagno (s.VIII); la caballería constituía el núcleo de cualquier ejército medieval, y la carga de la caballería pesada era por definición la expresión máxima de la guerra feudal. A ello hay que añadir que la élite de la sociedad feudal era la que nutría las filas de la caballería¹⁹. No será hasta que se consoliden fuerzas profesionales de infantería cuando la caballería pierda su supremacía en el campo de batalla: en las guerras de asedio, la infantería y los especialistas siempre habían mantenido su papel principal.

El camino que había llevado a la caballería a ser el elemento de choque de un ejército medieval se centraba en la introducción de mejoras tecnológicas, como la introducción en Europa del estribo, que había acrecentado enormemente la importancia de la caballería; ésta dejará de ser una fuerza apta sólo para operaciones de reconocimiento o de combate contra otras fuerzas de caballería o de hostigamiento de la infantería, para convertirse en una auténtica arma independiente, capaz de derrotar por sí misma a cualquier tipo de fuerzas.

El siglo XI fue muy importante en la historia militar de la Edad Media, especialmente en lo referente a la caballería, por la introducción de la táctica de la lanza a la *couched*; hubo pocas modificaciones substanciales desde el siglo XI hasta mediados del siglo XIII, y los cambios provinieron básicamente por las modificaciones en el armamento, fundamentalmente en que las armaduras se hicieron más complejas y pesadas, y los caballos ganaron en peso y defensas. No obstante, tradicionalmente la historiografía ha considerado la figura del caballero pesadamente armado como el arquetipo de

¹⁹ Durante los siglos VII-X los caballeros no estaban intrínsecamente asociados a una determinada élite social, sino que el término sólo hacían referencia a su condición de guerreros profesionales. Con el desmoronamiento del imperio carolingio y la extensión del feudalismo, sólo aquellos que posean un feudo y recursos podrán mantener un armamento de caballero, por lo que, de manera casi natural, el término irá asociándose ya a una determinada clase social.

la guerra medieval, generalizando y sintetizando en él la naturaleza de los ejércitos de la época. Las fuentes son las primeras que conducen al error; no hay que olvidar que nos encontramos en un período donde la profunda estratificación social conlleva la separación en mundos radicalmente opuestos y prácticamente incomunicados entre sí. Los cronistas medievales, en sus diferentes facetas, no escriben para el conjunto de la sociedad, si no para un selecto y reducido grupo; es a ellos a los que van dirigidos los cantares, crónicas, romances, poesías, etc. y se les proporciona el tipo de diversión que desean y esperan recibir de los hombres a su servicio.

Es por ello que tanto la literatura como las manifestaciones pictóricas consagraron la figura del caballero medieval, de su liturgia y de su espíritu²⁰. Los artistas estaban al servicio o formaban parte de esta élite social, conocían perfectamente que los destinatarios de estas obras deseaban ver retratado su propio mundo, idealizado. Es por ello que los protagonistas indiscutibles –prácticamente absolutos– fueron los caballeros, prescindiendo de los detalles, obviando la figura y el papel de otras clases sociales²¹.

Por todo ello, la imagen de las batallas campales, resueltas con una irresistible carga de caballería pesada, donde las hazañas individuales de los caballeros, combatiendo en lances arriesgados, constituyen el elemento esencial de la acción, no son más que idealizaciones y simplificaciones de la guerra medieval, sólo justificadas por las circunstancias anteriormente explicadas. Un análisis más detallado de la realidad y contexto medievales indica que los hechos históricos, tal y como se narran en las crónicas, sólo reflejan una parte de lo acontecido:

1. Debido a la escasez de recursos y a la concepción y mentalidad medievales, de sus objetivos estratégicos y tácticos, la búsqueda de la resolución del conflicto mediante una batalla campal no era la prioridad en las operaciones militares feudales. Las guerras buscaban la conquista de territorio enemigo y no la destrucción y aniquilación de las fuerzas contrarias²², y una batalla campal implicaba demasiados riesgos, que un jefe experimentado sólo asumiría en contadas ocasiones. La guerra se resolvía mediante una combinación

²⁰ Durante buena parte de la etapa plenomedieval se mantuvo la idea que cien caballeros tenían un valor equivalente al de 1.000 infantes.

²¹ En la *Crònica dels Feits* del rey Jaime I, cuando narra el asalto a las murallas de Valencia, se relacionan las hazañas de los cuatro primeros caballeros que entran en la ciudad. La crónica no hace mención que varias decenas de infantes ya estaban combatiendo dentro de sus calles.

²² Napoleón, por su parte, consideraba esencial la destrucción de las fuerzas enemigas, y la conquista inmediata de sus centros políticos. De igual manera pensaba y actuaba Ulysses S. Grant en la Guerra Civil americana.

de conquistas de plazas y castillos enemigos, con operaciones de destrucción de villas, quema de cosechas, sometimiento de la población civil, etc.

2. La caballería pesada no constituía el elemento principal de los ejércitos medievales, incluso en ciertos países su papel era meramente testimonial. La infantería constituía el núcleo esencial de las fuerzas, y la proporción en la que se encontraba con respecto a las fuerzas de los caballeros se situaba alrededor de 5:1, si no en porcentaje mayor. Aunque relacionásemos también las otras fuerzas de caballería –como los sargentos, escuderos y otros auxiliares–, la proporción seguiría siendo elevada a favor de la infantería.
3. La idea de choque mediante el empleo de la carga de caballería supone una simplificación de la táctica medieval, porque en numerosas ocasiones los caballeros combatían a pie; no hay que obviar el hecho que los nobles constituían una fuerza tremendamente acorazada, y su uso a pie firme no era despreciable para un jefe experimentado²³.
4. El empleo de la carga de caballería sólo podía surtir efecto totalmente efectivo ante una fuerza enemiga inmóvil, sin elementos de caballería –ligera²⁴ o pesada–, pero que además, necesitaba el concurso de un proceso previo de hostigamiento –arqueros, ballesteros, escaramuzas de los peones–, que limitase su capacidad combativa –mediante el cansancio o la desmoralización–. Sólo cuando las fuerzas enemigas mostraban signos de flaqueza, la carga daría resultado²⁵.
5. Se desarrollaron tácticas específicas para que las fuerzas de infantería pudieran contrarrestar el choque de la caballería pesada. Son numerosos los ejemplos medievales de fuerzas de infantería que des-

²³ En las Cruzadas, los arqueros turcos hicieron de las monturas de los caballeros cruzados uno de sus principales objetivos; esto provocó que muchos de los jinetes cristianos combatiesen a lomos de mulas o a pie. Durante la II cruzada (1144-1150), el cronista Guillermo de Tiro describía la táctica de los caballeros germánicos de combatir a pie en los momentos de crisis, aumentando así la determinación de combatir de los soldados de infantería, además de proporcionar protección acorazada frente a las descargas de los arqueros enemigos.

²⁴ Las crónicas sobre las Cruzadas son tremendamente vividas al relatar las tácticas de los guerreros musulmanes frente a los pesados caballeros francos: acoso constante mediante el empleo de arqueros montados, provocaciones de la caballería ligera, con la idea de provocar una carga intempestiva de los cruzados, para que éstos abrieran sus formaciones. Si la fuerza cristiana perdía su cohesión y se disgregaba en pequeños grupos, los musulmanes podían batirlos individualmente.

²⁵ No hay que olvidar el tremendo efecto psicológico que tenía entre la infantería la visión del avance al galope de una carga de caballeros y esperar con ansiedad el inminente choque de la caballería pesada.

barataron una carga de caballería²⁶. Ante una fuerza disciplinada de infantería²⁷, los caballeros podían estrellarse una y otra vez sin conseguir ninguna ventaja táctica.

Las batallas medievales no se pueden reducir a simples cargas sucesivas de guerreros a caballo contra las líneas enemigas, de la suma de los combates individualizados entre caballeros. El orden y la disciplina eran usuales y complejos. Tradicionalmente se ha descrito el despliegue clásico de un ejército medieval en una vanguardia, un centro y retaguardia, cada una de ellas compuesta por una abigarrada fila, llamada «batalla», de infantes y jinetes, siempre desplegados bajo el mismo esquema; pero esta idea es una reducción de la realidad, puesto que los jefes militares creaban tantas batallas como consideraban adecuado; incluso la organización de un ejército en vanguardia, centro y retaguardia no siempre era utilizada. La división de las fuerzas en dos flancos y un centro era siempre constante, pero no así la distribución de las tropas entre estas posiciones: la caballería podía situarse en la primera línea, para promover una ruptura rápida del frente, o se podía colocar a la infantería en primera línea, justamente para detener el asalto de los jinetes, o incluso se podían alternar en las líneas fuerzas de los dos tipos.

Son varios los ejemplos que ilustran cómo los comandantes organizaron sus tropas en función de sus efectivos, de su nivel de instrucción, de la entidad y calidad del enemigo, del terreno del campo de batalla, etc. Así, ejemplos de formaciones en sólo una línea, las encontramos en la batalla de Levounion, en las fuerzas pechenegas contra las bizantinas (29 de abril de 1091); en la batalla de Sirmium, en las fuerzas del conde húngaro Benes (8 de julio de 1167) contra otro ejército bizantino, o en la batalla de Legnano (29 de mayo de 1176), en la formación presentada por el emperador Federico I Barbarroja contra las milicias milanesas

²⁶ Las fuerzas de infantería derrotaron a los caballeros en las batallas de Manzikert (1177), Bannockburn (1314), Crecy (1346), Agincourt (1415). En la batalla del lago Copais (1313) los almogávares derrotaron y aniquilaron a los caballeros francos; el impacto de su victoria les permitió conquistar buena parte de Grecia y asegurar el dominio aragonés de esos territorios durante 80 años.

²⁷ La infantería, para protegerse de estas cargas de caballería, solía poner delante de sus líneas cuerdas embreadas tensadas, que, en teoría, detenían el primer choque, y con las lanzas clavadas en el suelo con la punta hacia el enemigo. Los infantes podían combatir presentando un muro (una línea de combatientes formando una sólida muralla de escudos), una muela (cuando la infantería se disponía en círculo) o un corral (posición defensiva en forma de cuadrado, reforzado por cuerdas o cadenas delante de los infantes, que clavan sus lanzas en el suelo con la punta hacia el enemigo). Son famosos los ejemplos de fuerzas de infantería disciplinada que se opuso con éxito a cargas de caballería: los piqueros suizos, los ballesteros genoveses, los arqueros ingleses o los lansquenetes alemanes.

Respecto de batallas con ejércitos formados en dos líneas, hallamos los siguientes ejemplos: las tropas bizantinas del emperador Romano IV Diógenes frente a los turcos, en la batalla de Manzikert (26 de agosto de 1071); con el rey Luis VI en Brémule (20 de agosto de 1119) contra los ingleses del rey Enrique I; en Alarcos (19 de julio de 1195) en el despliegue del rey Alfonso VIII contra los almohades, y en Bouvines (24 de julio de 1214) en las fuerzas del rey Felipe Augusto frente a las imperiales de Otón IV.

El despliegue táctico en tres líneas fue utilizado por las fuerzas almorávides de Yusuf Ibn Tasfin en Zalaca (23 de octubre de 1086) contra el rey Alfonso VI, el cual usó un despliegue similar en la batalla de Uclés (29 de mayo de 1108) contra los almorávides; también de igual manera el rey Alfonso I el Batallador desplegó sus fuerzas contra los almorávides en la batalla de Cutanda (17 de junio de 1120), y también obraron de la misma manera las fuerzas cristianas aliadas en las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212). Incluso acontecieron batallas donde se formaron más de tres líneas, como las fuerzas normandas de Roger II de Sicilia, en la batalla de Nocera (1132), con cuatro líneas de dos divisiones cada una.

En todas estas batallas, la fuerza operativa de maniobra y choque residía en las tropas de caballería. El caballero es el guerrero medieval por excelencia, el paradigma de la guerra feudal. Sin embargo, la identificación del caballero como núcleo de los ejércitos medievales, identificándolo además con una élite social y profesional fue como consecuencia de un largo proceso, que se inicia con los ejércitos carolingios, y se conforma en un proceso en tres etapas: la aparición de una caballería profesional especializada, el surgimiento del concepto de caballería y la posterior identificación de la caballería con la clase social de la nobleza. El mantenimiento de fuerzas profesionales y con una relativa estabilidad temporal desaparece del mapa europeo tras la disolución del imperio carolingio; en los siglos IX-X no existe en Europa occidental un estado lo suficientemente desarrollado y poderoso en el que se pueda consolidar una estructura militar permanente.

Entre otras características, el sistema feudal que se instaura en esos siglos desde el punto de vista militar, conlleva una red de alianzas y obligaciones de servicio militar que obligan mutuamente a las partes. Pero sólo los señores más poderosos pueden concentrar su actividad en el entrenamiento militar, y/o sufragar los gastos a otros guerreros para que reciban esa formación y formen parte después de su casa. Para el noble guerrero medieval, toda su vida giraba alrededor del caballo y con las armas en la mano; la guerra era su oficio, su ocupación y su distracción. El aprendizaje real del arte de la guerra se hacía en la misma guerra; sin embargo, puesto que batallas y guerras no tenían lugar muy a menudo, la práctica de la caballería tenía

que conseguirse en otros lugares y el entrenamiento por otros medios: de ahí la necesidad de comenzar muy pronto, casi al inicio de la adolescencia. El camino para ser nombrado caballero comenzaba cuando el aspirante –de ascendencia noble– entraba al servicio de un caballero que haría las veces de tutor y maestro –a menudo, un familiar o amigo íntimo del padre del chico–. El entrenamiento del joven residía en un constante y prolongado ejercicio de monta de caballos, carga con la lanza, aprendizaje de la esgrima de la espada desde la silla y el dominio y ejecución de maniobras a caballo. La instrucción en armas a caballo sería completada con un entrenamiento igual en armas para luchar a pie. Con ello se insistía en crear unos buenos conocimientos de base, en un lento madurar, en la progresión en la asunción de responsabilidades y en ir acumulando las experiencias con el transcurso de los años. La transmisión verbal de los conocimientos, así como una constante práctica, permitían que los jefes militares adquirieran su propio bagaje conceptual sobre tácticas y estrategias militares; la guerra era el oficio de las élites gobernantes, que viajaban constantemente, por lo que no era excepcional que en alguno de sus periplos, los nobles conociesen a otros señores feudales que habían combatido en las Cruzadas, o en Italia o la Península Ibérica, por lo que los intercambios de experiencias, anécdotas e historias de guerras y batallas deberían ser relativamente generalizados.

Las unidades de caballería solían agruparse en unidades de entre 10 a 20 hombres²⁸, llamadas *conrois*, hueste, mesnadas o lanzas. Los miembros de cada *conrois* estaban frecuentemente ligados por relaciones de vasallaje o familiares, que se entrenaban y combatían juntos: de su educación militar se hacía énfasis no sólo en la destreza de las armas, sino también en la capacidad de actuar como un equipo con férrea disciplina y lealtad a los compañeros²⁹. En combate, el *conrois* se ordenaba en una o varias hileras –a lo sumo tres– con los caballeros en la primera, y los sargentos y escuderos en las posteriores o en los flancos. Los movimientos se coordinaban, en tiempo de paz, mediante el entrenamiento continuo. Cualquier ejercicio a caballo podía considerarse como una preparación a la guerra, tanto la práctica de la caza como las justas y torneos. Los jine-

²⁸ Los *conrois* franceses podían consistir en agrupaciones en múltiplos de cinco, en grupos de hasta 25 y 50 jinetes.

²⁹ La nueva montura de pico elevado y largos estribos, en la que los caballeros prácticamente iban montados de pie, era un elemento básico de la carga con lanza en ristre, pero también significaba que si el caballero era desmontado, le era sumamente difícil volver a montar en el fragor de la batalla: sus compañeros del *conrois* se agruparían a su alrededor protegiéndole hasta que estuviera de nuevo seguro en lo alto de su montura.

tes aprendían a distinguir el significado de los diferentes toques de cuernos y trompetas, y a seguir las señas de estandartes, de guiones y banderolas –llamados *gonfanon*– en las lanzas del jefe del grupo o de su ayudante, cosa que permitía una rápida ubicación y servían de punto referencia para el reagrupamiento tras una carga. En combate, las rutinas aprendidas durante los ejercicios de entrenamiento se ponían a prueba en la dura práctica de la guerra. Los *conrois* se agrupaban en unidades mayores, los haces o batallas, que servían para formar las líneas de carga en la batalla y de los cuerpos en el avance y la marcha³⁰. Las diferentes agrupaciones de batallas daban lugar a formaciones mayores, los cuerpos. El orden de combate de los ejércitos feudales seguía el patrón estandar de los tres cuerpos: vanguardia, centro y retaguardia. Esta división se mantenía tanto en la marcha por columnas, en el avance en línea y el combate, si bien se adaptaba en función de la geografía y el terreno. Se establecían unidades de caballería ligera como exploradores y como unidades de flanco, conocidas como alas, y las unidades de infantería solían situarse en el cuerpo central, el más poderoso. El papel táctico del caballero medieval era el choque: abrirse paso a través de las filas del enemigo aprovechando el ímpetu, el peso y la velocidad de la carga. Si se tenía éxito y traspasaban las filas, se procedía a atacar por la retaguardia; de no lograrlo, los caballeros se reagrupaban y volvían a cargar. El esbozo de esta táctica no debe llegar a la conclusión que en esta etapa del medioevo las maniobras militares estaban reducidas a la mínima expresión; por el contrario, en múltiples batallas la táctica principal de la carga se combinaba con huidas fingidas –Rimini, Arques, Hastings– y con maniobras de flanco –las Navas de Tolosa–.

Los enfrentamientos empezaban con una carga de la primera línea –de una batalla, o de un cuerpo–; los caballeros iniciaban el movimiento al trote, para ir incrementando el ritmo hasta el momento de pasar decididamente al galope. Los caballeros embestían con la lanza. Después del primer choque, la línea se retiraba para dejar campo al asalto de la siguiente carga. Los caballeros del primer choque se reagrupaban, siguiendo el estandarte de su señor, tras la protección de la infantería, y se preparaba una nueva carga. Cuando la lanza se rompía, se desenvainaba la espada o se combatía con maza contra los infantes u otros caballeros enemigos. La carga tenía como

³⁰ La batalla, en situación de marcha, formaba de frente en tres líneas sucesivas, de unos efectivos nominales de unos cincuenta caballeros por línea. Esta formación se adaptaba en las formaciones en columna. Los sargentos, escuderos y ballesteros a caballo podían formar en los flancos y retaguardia de cada batalla, estableciendo una pantalla de protección.

objetivo principal romper el frente enemigo³¹, y las sucesivas oleadas debían lograr ese objetivo; es por ello que la sincronización de las mismas era de vital importancia, puesto que podía decidir el destino final de una batalla: golpear con dos cargas muy consecutivas podía implicar que los caballeros de la primera no se hubiesen retirado todavía del campo, y que la fuerza de la segunda oleada se debilitase intentando evitar el choque con los caballeros amigos. Por el contrario, demasiado tiempo entre las sucesivas cargas dejaría al enemigo la posibilidad de reagruparse y realinear las fuerzas de su defensa.

Cuando una carga de caballería no conseguía abrir la línea enemiga, la batalla se transformaba en ocasiones, en multitud de combates singulares entre caballeros. En el peor de los casos, los infantes aprovechaban la *mêlée* para descabalar a los caballeros y acuchillarles en el suelo. El poder de la carga y de la unidad compacta de caballeros –bien en *conrois* como en batalla– y su éxito en los combates residía también en un plano psicológico³²: la pertenencia de los caballeros a la élite social medieval, su liturgia, etc. motivaban que fueran vistos por los infantes como seres superiores. Existía una doble guerra entre caballeros e infantes: la militar y la social. Unos y otros pertenecían a clases sociales diferentes, distantes, existiendo entre ellos un abismo.

La teoría social existente en la Edad Media era aquella que dividía la sociedad en una estructural piramidal estratificada en tres grupos bien diferenciados, social, económica y funcionalmente: los campesinos –trabajar–; los sacerdotes –rezar– y los guerreros –luchar–. Los nobles se adjudican esta función social –y por ello serán conocidos como los *bellatores*, «los que luchan»–, de tal manera que su predominio respecto de las otras clases se justificará en base a su dedicación a la guerra y a la protección del orden feudal. Esta actividad bélica se convertiría en el elemento central de su sociedad, alrededor de la cual se desarrollarían las relaciones socioeconómicas: de hecho, la posición que un individuo ocupaba en una hueste no era

³¹ A diferencia del choque entre masas de caballería pesada, donde el objetivo es llegar al contacto con el enemigo para destruirlo, uno de los objetivos de la carga contra unidades de infantería es la intimidación de éstas, para que huyan del campo de batalla: si se lograba que una parte de la línea de defensa cediese, toda la fuerza enemiga quedaría debilitada. Si se mantenía ejerciendo la presión, con sucesivas cargas, que se introdujeran dentro de la brecha abierta, se lograría que el ejército contrario huyera –como en la batalla de Civitate (18 de junio de 1053), entre los normandos y las fuerzas combinadas imperiales y papales–.

³² Con la proliferación de fuerzas de peones disciplinados, hombres de armas de infantería, se inició el declive de la caballería. La sofisticación de las armaduras de los caballeros –siglos XIV-XVI– no fueron más que un vano intento de mantener el prestigio militar y social de la élite, pero que a la larga, no pudo evitar que la infantería recuperase el prestigio perdido tras Andrianópolis (378 d.C.).

más que el reflejo de su posición social. Así, los nobles caballeros mantenían unos lazos de afectividad mucho más fuertes con los caballeros enemigos que no con sus propios infantes; así, un noble, aunque enemigo, era un igual al que se debía de honrar y tratar con respeto —y por el que, no hay que olvidarlo, se podía pedir un rescate, si se le mantenía con vida—; en cambio, un infante pertenecía a otra clase social, era un súbdito del que se servía y del que se podía prescindir. Es por ello que cuando los infantes contemplaban cómo los caballeros enemigos se avalanzaban sobre ellos, una mezcla de miedo y rencor social les invadía. Si los caballeros penetraban en las filas de los peones, rara vez éstos podían volver a la cohesión y la línea de defensa se rompía: como en Muret, la infantería desorganizada servía de carnaza para una masacre. Sin embargo, si los infantes poseían la suficiente templanza como para resistir la carga enemiga, los caballeros, desorientados por el rechazo, descabalgados, eran fácil presa para los peones, que volcaban todo su rabia sobre los nobles³³.

Merece especial comentario el singular papel de los Guardias, o escolta personal de los monarcas. Los reinos germánicos heredaron de la tradición imperial romana el concepto de Guardia, de tal manera que el soberano tuviera a su disposición una fuerza permanente, disciplinada y leal, que a todos los efectos, le sirviera tanto como de fuerza de choque, elemento vertebrador de un ejército o simplemente como tropa que le garantizase su poder sobre el resto de nobles. Así, por su modo de vida y su continuidad en el servicio de armas, se les puede suponer un alto grado de disciplina, entrenamiento, motivación e incluso especialización, que les conferiría un estatus de élite respecto de las otras fuerzas. A lo largo de la Edad Media los ejemplos de fuerzas o guardias reales son constantes: los *fideles* de los visigodos, los *armati* merovingios, los *scara* carolingios, los *housecarls* escandinavos, la *familia regis* anglonormanda, etc.

Los monarcas de la Corona de Aragón contaban con una guardia personal, la Mesnada Real, formada por una treintena de caballeros selectos, todos ellos caballeros aragoneses, con la misión de proteger al soberano. La mesnada real era una institución militar aragonesa integrada fundamentalmente por miembros no primogénitos de las casas nobiliarias de los barones o ricoshombres, así como infanzones que se entregaban a la Casa Real, para su cuidado y formación. Cuando el rey convoca a los nobles para la guerra, llama a sus mesnaderos, diferenciándolos claramente de los ricoshombres aragoneses y catalanes o de las mesnadas concejiles. La mesnada

³³ Ejemplos de esta brutalidad especial del campo de batalla las encontramos en la batalla del lago Copais (1313) y en Bannockburn (1314).

real, al igual que la del rey de Castilla, era mantenida directamente por el monarca –de ahí las constantes necesidades financieras del rey Pedro, especialmente en la campaña de las Navas y en la expedición de Muret–; la hueste real llevaba los colores del soberano en el campo de batalla, y formaba alrededor del Alférez Real, cargo designado personalmente por el rey. Los miembros de la Mesnada real no solían pertenecer a las familias de la gran nobleza aragonesa (comúnmente denominada las Doce Casas –las familias Cornel, Luna, Azagra, Urrea, Alagón, Romeo, Foces, Entenza, Lizana, Ayerbe, Híjar y Castro–); eran miembros de unos linajes engrandecidos por los soberanos, por su especial atención a la monarquía, por su lealtad de mayor antigüedad o por haber tomado partida por el rey en momentos complicados y que eran premiados con motivos reales en su heráldica. En Muret, la mayoría de los miembros de la guardia real aragonesa murió alrededor de su rey.

El problema de las cifras

Una de las principales dificultades con las que recurrentemente se encuentran los historiadores de todos las épocas es el de la fiabilidad de la información relativa al tamaño y composición de los ejércitos. Sin ir más allá³⁴ y ciñéndonos al contexto medieval, cuando las fuentes se refieren a «caballeros» u «hombres a caballo» las dudas se presentan en el significado o acepción de los mismos. Un caballero, sin extensión del término, implicaba sólo a un guerrero, perteneciente a la nobleza y con los honores del orden de caballería, a lomos de un caballo de guerra. Más allá, este caballero necesitaba tanto de unos sirvientes –para su manutención, servicio personal, aseo, impedimenta, etc.–, como también de unos auxiliares armados que le servían de apoyo. Éstos podían ser «escuderos» –tanto profesionales como jóvenes aspirantes a su vez para ser armados caballeros–, hombres a caballo armados con lanzas, ballesteros y arqueros montados e incluso infantería montada.

La evolución del armamento en el siglo XII trajo consigo, entre otros factores, que sólo los caballeros de las familias más ricas pudieran costear-

³⁴ Es de sobra conocida la tradicional costumbre griega de sobrevalorar las fuerzas persas en las Guerras Médicas y en las campañas de Alejandro Magno. De igual modo, las cifras aportadas por Julio César en su crónica de la guerra de las Galias parece a todas luces, exageradas. El tamaño de los ejércitos bárbaros, germánicos, partos y sasánidas, frente a los romanos, también parecen desproporcionados.

se un equipo completo y moderno. Esta diferenciación se remarcará en el siglo XIII, acentuándose la separación entre caballeros ricos y pobres, apareciendo la distinción entre caballeros adalides *–primi milites–* y los simples caballeros³⁵ *–milites gregarii–*. El aumento de peso progresivo del equipo caballeresco produjo un incremento de su coste, y por ende, conducía a una restricción de su difusión, reservándose sólo para una élite de fortuna y de nacimiento; pero a la vez, esta propia autoexclusión de las clases acomodadas llevó a la exaltación de su modo de vida, del espíritu caballeresco, cosa que llevó aparejada la negativa a calificar como tal a todo aquel que no hubiera pasado el ritual de ser armado caballero.

Se hace difícil barajar una cifra exacta, pero en función de la riqueza del caballero, éste podía contar con el servicio de uno o dos escuderos, y de un número no inferior a cuatro hombres a caballo de diferentes categorías. Existía un vocabulario variado para denominar a estos auxiliares, cuyo papel y calificación para la batalla eran muy diferentes, como también lo era su condición social: los criados³⁶ (latín: *valletus*), los muchachos (latín: *garcio, puer*) y escudero (latín: *armiger, scutifer*). Los «escuderos» solían ser de origen noble –a la espera de ser armados caballeros– o guerreros profesionales³⁷ –hombres libres con un pequeño pedazo de tierra insuficiente para ganarse las espuelas de caballero o sirvientes a sueldo de su señor–; su armamento era de características similares a la de los caballeros, pero de confección más modesta o antigua –igualmente usaban cota de mallas, casco, lanza y espada–. En combate, solían formar en las líneas posteriores de cada *conrois*, o en los flancos; sus caballos no eran *destriers*, pero sí que podían ir ligeramente armados, en función de sus posibilidades económicas. Por su parte, los «muchachos» iban armados de manera más ligera: casco, espada y cuchillo, y protecciones personales de cuero –o incluso alguna cota corta–. No solían formar parte de la caballería, si no que realizaban funciones auxiliares, como por ejemplo, introducirse en las filas enemigas para descabalar a los jinetes contrarios.

Ante tal diversidad de nombres y conceptos, cuando se mencionan cifras de fuerzas de caballería, se hace muy difícil valorar, en función de la

³⁵ CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*, pág.87

³⁶ Los criados ejercían tareas de sirvientes de su señor y del resto de la comitiva: aprovisionamientos, acomodación, preparación de las comidas, de las armas, de las tiendas, etc. En combate permanecían en el campamento, al cuidado de los bagajes.

³⁷ Estos guerreros profesionales fueron distanciándose cada vez más en la calidad del equipo acorazado de sus señores, pero no por ello fueron apartados del campo de batalla. A partir de la segunda mitad del s.XII se les empieza a distinguir con diferentes nombres: *servientes equites, servientes loricati, famuli, scutiferi, satellites equestres, clientes, servientes, armati, militis*.

traducción de cada término, si estamos delante de datos referentes a un total de las fuerzas presentes en un ejército, o solamente se refieren a un determinado colectivo. Por ejemplo, respecto del millar de jinetes que acompañaban a Pedro II en la expedición a tierras occitanas hacia Muret, queda la indeterminación de si se refieren sólo a los caballeros o si incluyen también a sus servidores. Dadas las cifras de población de la Corona de Aragón, así como de los efectivos desplegados un año antes en la batalla de las Navas, los 1.000 «caballeros» podían englobar a los diferentes tipos de hombres de armas a caballo anteriormente indicados. Es significativo el hecho que las fuentes contemporáneas o relativamente cercanas a los hechos establezcan siempre la diferenciación entre caballeros, jinetes y otros tipos de guerreros. Así, la Crónica de Jaume I nos habla que el rey Pedro contaba con una fuerza de unos 1.000 *hombres a caballo*, distinguiendo este valor de otros pasajes cuando se refiere a *caballeros*. De igual manera se expresan tanto la Crónica de Bernat Desclot como la *Canzó de la Crozada*. Se ha de tener en cuenta que esta discusión no es baladí; partir de una cifra de 1.000 caballeros, cabría pensar entonces una cifra total del doble o tripe de jinetes, en proporción de 3 o 2 guerreros a caballo –sargentos y escuderos– por cada caballero presente.

Teniendo en cuenta las fuerzas presentes de la Corona de Aragón en la batalla de las Navas, así como las fuerzas disponibles por Jaime I en la expedición naval a Mallorca, la cifra de caballeros presentes en Muret podría situarse alrededor de 400-500, y una cifra de 700-800 guerreros no caballeros³⁸. Para F.X. Hernandez la explicación de la diferencia de fuerzas entre la campaña andaluza y la expedición occitana podría deberse a varios motivos: la inexistencia de un botín identificable, las bajas producidas en la batalla en tierras andaluzas, la negativa a sumarse a la defensa de herejes de la fe católica; el prestigio militar de los caballeros franceses –considerados la mejor caballería en Europa–, etc. Una de las características esenciales de los ejércitos plenomedievales radica en la ausencia de permanencia, de continuidad en su establecimiento; prima el carácter temporal –incluso estacional– de las fuerzas combatientes. Sólo un núcleo de combatientes tendrá una clara vocación de permanencia, ya sea por sus obligaciones como señores feudales, como vasallos con obligaciones militares, –sargentos, escuderos, peones especializados– o como aventureros y mercenarios –*farfans*, *routiers*, *brabançons*, etc.–.

³⁸ En la batalla de Bouvines (1214), los franceses derrotaron a las tropas anglo-imperiales, con un ejército entre 1.000 y 1.200 caballeros, unos 2.000-2.500 guerreros a caballo y alrededor de 10.000 soldados.

Salvo estos grupos militares con un grado de continuidad y permanencia, la parte más significativa de un ejército medieval se reunía específicamente para el desarrollo de una determinada campaña³⁹. Si ponemos en relación las características anteriormente descritas con el hecho que Monfort disponía de fuerzas permanentes, con un amplio núcleo de caballeros y servidores entrenados y experimentados –muchos de ellos ya veteranos de la cruzada de 1209, sino antes–, con disciplina y moral, frente a las fuerzas de Pedro II, una amalgama de guerreros, unos cuantos experimentados en las guerras peninsulares –cabalgadas, escaramuzas y asedios–, pero con una mayoría de fuerzas inexpertas y con una moral desigual, y diferente a la de sus enemigos, entonces, el balance comparativo de las fuerzas nos indica que Monfort podía tener una clara ventaja sobre los meridionales y sus aliados hispanos. Por el contrario, el bando aliado presentaba una heterogeneidad de fuerzas que, a pesar de su mayor número, no concedían una ventaja táctica militar contundente. Así, la calidad de la caballería era dispar, no tenía experiencia de maniobra ni de liderazgo conjunto.

El rey Pedro acudió a Muret con sus tropas personales, con las fuerzas de caballería de sus nobles allegados y con un contingente de soldados profesionales, pagados de antemano⁴⁰. Los nobles occitanos se presentaron con sus propios contingentes, algunos ya con experiencia militar –Foix–. La campaña que debía iniciarse en Muret podría ser considerada como una estrategia de recuperación del territorio a través de una guerra de asedios; no había sido planteada para entablar una batalla campal. De haberse planificado como tal, sin duda alguna los dirigentes del ejército hispano-occitano habrían realizado algún tipo de operación de combate a menor escala con la que haber dado a sus tropas la experiencia militar necesaria para afrontar una contienda de mayor envergadura.

³⁹ Los ejércitos medievales de esta época constituían una variopinta hueste, formada por combatientes y no combatientes (servidores, mercaderes, tahures, prostitutas, etc.), sin una estructura administrativa –mínimamente eficiente, a menos– o financiera, sin entrenamientos colectivos, a nivel de todo el ejército.

⁴⁰ Se ha cuestionado el papel de estas tropas del rey Pedro, afirmando que se trataba de mercenarios –llamados en el lenguaje de la época *ribalds*, *routiers* o *brabançons*–. Lo cierto es que se trataban de tropas feudales reclutadas a sueldo para evitar el inconveniente del licenciamiento después del período de servicio. De la misma manera que los cruzados tenían la limitación del servicio de 40 días, los contingentes feudales servían a su soberano bajo determinadas condiciones; desde el momento que aceptaban la contraprestación monetaria, estos condicionantes desaparecían. Es de comentar, pues, la previsión del rey Pedro, que quizás temiendo una campaña larga y ardua, planificó la estructura y composición de su ejército a tal fin, porfiando la posible retirada de las tropas que hubiesen expirado su servicio feudal.

La batalla

En primer lugar, describiremos lo acontecido en la batalla con las palabras del rey Jaime I, en su *Llibre dels Feits*: «*Simón de Montfort estaba en Muret, acompañado exactamente de ochocientos a mil hombres de a caballo y nuestro padre vino sobre él cerca de aquel lugar donde él estaba. Y fueron con él, de Aragón: Don Miguel de Luesia, Don Blasco de Alagón, Don Rodrigo Liçana, Don Ladrón, Don Gómez de Luna, Don Miguel de Rada, Don Guillem de Puyo, Don Aznar Pardo y muchos otros de su mesnada y de otros de los cuales no nos podemos recordar. Pero bien recordamos que nos dijeron aquéllos que habían estado y conocían el hecho, de que salvo Don Gómez de Luna, Don Miguel de Rada, Don Aznar Pardo y algunos de su mesnada que murieron, los otros lo abandonaron en la batalla y huyeron. Y fueron, de Cataluña: Dalmau de Creixell, N'Hug de Mataplana, Guillem d'Horta y Berenguer de Castellbisbal; éstos huyeron con los otros. Sin embargo, bien sabemos con certeza, que Don Nuño Sanç y Guillem de Montcada, que fue hijo de Guillem Ramon de Montcada y de na Guilleuma de Castellví, no estuvieron en la batalla, pero enviaron mensajeros al rey diciéndole que los esperara, y el rey no les quiso esperar, y dio la batalla con aquéllos que eran con él. Y aquel día que dio la batalla había yacido con una mujer, ciertamente que Nós oímos decir después que durante el Evangelio no pudo estar derecho, sino que permaneció sentado en su setial mientras que se decía misa.*

Y antes de que tuviera lugar la batalla, Simón de Montfort quería ponerse en poder suyo para hacer aquello que el Rey quisiera, y quería avenirse con él; y nuestro padre no lo quiso aceptar. Y cuando el conde Simón y aquellos de dentro vieron eso, hicieron penitencia y recibieron el cuerpo de Jesucristo, y dijeron que más se amaban morir en el campo que en la villa. Y con eso, salieron a combatir todos a una, de golpe. Y aquéllos de la parte del rey no supieron formar las líneas de batalla ni ir juntos, y cada caballero acometía por su lado, y acometían contra las reglas de las armas. Y por la mala ordenación, y por el pecado que tenían en ellos⁴¹, y también

⁴¹ El rey Conquistador narra escuetamente la batalla de Muret, sin detenerse en explicar las razones de su padre para librar aquella batalla –en la que tanto se jugaba la dinastía–, y sin narrar os acontecimientos previos a la batalla. El monarca atribuye la derrota a dos causas: por un lado, la excusa religiosa –el pecado–, por el otro, la militar –la desorganización–. Así, en el terreno moral, las críticas vertidas sobre su padre se centraban en el no cumplimiento de las ceremonias previas al combate –castidad y celebración de la misa–, y no tanto por una supuesta lujuria –que el rey Jaime apenas menciona–. El otro error del soberano residía en no haberse sabido imponer a sus súbditos, no haberles marcado una estricta línea de obediencia, en la que la figura del monarca prevalece y hace de eje de cualquier decisión de poder: la natura de armas se traduce en obedecer al rey, siempre y por encima de cualquier circunstancia.

porque de los que estaban a dentro de la plaza no encontraron merced, la batalla tenía que estar perdida. Y aquí murió nuestro padre. Y así siempre lo ha seguido nuestro linaje, en las batallas que ellos han hecho y en las que Nós haremos, que es vencer o morir. Y Nós permanecemos en Carcassona, en poder del conde, porque él nos hacía educar y era señor de aquel sitio».

Muret se encuentra a unos 20 Km al sur de Tolosa, en la confluencia del río Garona con su afluente el Loja. Era una ciudad de tamaño medio, con un perímetro en forma trapezoidal, con una extensión máxima en su eje principal de no más de 500 metros. Cerca de la orilla izquierda del Loja se extiende una llanura limitada, por un lado por el Garona y por el otro, por el terreno ascendente de las colinas de Perramon, situadas a unos dos kilómetros al oeste. La llanura en invierno era una zona de marismas, pero en verano estaba cubierta de hierba, y atravesada por varios arroyuelos de poco caudal. Su superficie llana era ideal para la maniobra de fuerzas de caballería.

La ciudad estaba dividida en tres núcleos diferenciados, de oeste a este: la villa nueva, con su propio recinto amurallado, la villa vieja, alrededor de la iglesia de San Serni y con muralla propia, y el castillo, en un islote separado de la ciudad por un puente levadizo sobre un canal del río Loja en su unión con el Garona; del castillo nacía directamente el camino hacia Tolosa por el nordeste. El castillo contaba con dos torres y una poderosa torre del homenaje, de imponentes dimensiones.

La ciudad contaba con cuatro puertas:

- La del camino a Seysses/Tolosa, al norte, que se deslizaba por un terreno prácticamente llano.
- La del camino de Tolosa, al nordeste, a través del portón de San Serni, y que serpenteaba por la orilla de los meandros del río Garona.
- La del camino de Fanjaux/Carcassona, al sudeste, que cruzaba el río Garona por un amplio puente de madera, y que desaparecía por la llanura occitana.
- La del camino de Salas, al sudoeste, que ascendía siguiendo el curso del río Garona.

Pese a su tamaño, la ciudad presentaba importantes dificultades para su conquista. El flanco sur estaba protegido por el río Garona, amplio –más de 120 metros de anchura, frente a Tolosa–, profundo y de fuertes corrientes; un ataque por esta zona necesitaba del asalto al puente de madera y de su puerta, en una zona donde apenas había espacio para maniobrar entre la muralla y el cauce del río. El asalto por el castillo también implicaba riesgos: cruzar primero el canal y su puente, lanzarse a la toma del islote del castillo, para después avanzar hasta el puente levadizo que unía el castillo con la ciudad vieja. El norte y el oeste mostraban unos accesos relativa-

mente practicables: el río Loja no era tan caudaloso, tenía una anchura media de unos 10 metros, y con unas escarpaduras de unos 3-5 metros. Una vez cruzado, y a poniente de la ciudad nueva se abría una faja de tierra de unos trescientos metros, entre el río Loja y el Garona, espacio suficiente para la maniobra de la infantería y los trabajos de asedio. Por el contrario, en esa zona, las defensas de Muret contaban con una sólida muralla, con varias torres y un amplio foso.

En la batalla de Muret los bandos enfrentados consistieron en una coalición de fuerzas hispano-occitanas contra fuerzas de voluntarios cruzados. La coalición estaba formada por la Corona de Aragón, el condado de Tolosa y los principales nobles feudales transpirenáticos, que se encontraban ligados a los dos primeros por razones feudo-vasalláticas. Los



Muret en la actualidad; la señal indica el lugar de salida de las fuerzas cruzadas, el círculo el campo de batalla, y el rectángulo el lugar del campamento hispano-occitano.

principales jefes aliados eran el rey Pedro II de Aragón, el conde Raimon VI de Tolosa, el conde Roger Bernat de Foix, el conde Bernat IV de Comminges, y el vizconde Gaston VI de Bearn. Por el otro bando, los cruzados se encontraban liderados por Simón de Monfort, a pesar que, nominalmente, el legado papal Arnau Amalric era el jefe político y espiritual de la cruzada.

Respecto del tamaño de los ejércitos que participaron en la batalla, y de igual manera que sucedía con las fuerzas reunidas para la cruzada de 1209, se han barajado cifras muy elevadas para los contendientes⁴² de Muret; pero estas ingentes cifras parecen no tener en cuenta la propia demografía de la época, las condiciones de reclutamiento y servicio, y especialmente, los problemas logísticos y de abastecimiento. Las fuerzas

⁴² La controversia sobre el tamaño de los ejércitos se sigue planteando hasta fechas todavía recientes; en su libro *Batallas decisivas de la Historia de España*, Juan Carlos Losada menciona las siguientes cifras: 42.000 hombres para el ejército hispano-occitano y 7.000 para los cruzados. Otros historiadores, como Xavier Escura en su libro *Els mites de Muret i Montsegur*, aportan cifras también muy elevadas respecto de los efectivos tolosanos: el conde de Tolosa dispondría de 3.000 caballeros, y más de 20.000 hombres de infantería; teniendo en cuenta las fuerzas disponibles por otros países (Francia, Inglaterra, Sacro Imperio), puede parecer excesivo que los tolosanos hubiesen podido reunir tantas fuerzas. No hay que olvidar que los cronistas medievales no hacían fe de la cifra objetiva de los ejércitos, sino que tan solo querían poner de manifiesto la ingente cantidad de personas aglutinadas en aquel ejército. Es por ello que creer como exacta una cifra que tan solo intenta reflejar una idea, un concepto de magnitud, parece ejercicio casi quimérico. Las fuerzas efectivas medievales eran los «peones», soldados armados, bien con espada y escudo, lanza y escudo, o con largas picas, auxiliados por ballesteros y en menor medida, por arqueros –excepto en Inglaterra–. Pero no hay que olvidar que junto a estos contingentes de hombres de armas –ya fuesen mercenarios o huestes permanentes– encontramos soldados no profesionales, milicias ciudadanas, levas de siervos provistos de armas de fortuna, que se encuadraban en los ejércitos feudales con mayor o menor entusiasmo. Y junto a ellos, la pléyade de sirvientes, siervos, mercaderes, etc. que acompañaban a los ejércitos en sus desplazamientos. Es por ello que las cifras comentadas en las crónicas, de no ser examinadas en profundidad, pueden conducir a erróneas interpretaciones y conclusiones: frecuentemente los cronistas destacaban la cifra total de personas que viajaban en un ejército, pero no atendían a clasificarlos, identificando específicamente los soldados de todos aquellos no combatientes; no hay que olvidar que la profunda estratificación social existente en la Edad Media, que creaba un auténtico abismo social e ideológico entre la casta nobiliaria y la religiosa, separándolas del pueblo llano, del vulgo, de aquellos que formaban una masa anónima, tenía también su reflejo en la literatura: los datos sobre caballeros pueden llegar a ser exactos, pero las cifras del «resto», incluyendo tanto soldados como acompañantes civiles, no tendrían un valor objetivo, sino tan solo intentarían transmitir una realidad, una idea de una fuerza numerosa, de una muchedumbre a las órdenes de los nobles. Además, si hiciéramos caso de aquellos que afirman que las fuerzas de infantería tolosana eran más de 15.000 soldados, puede surgirnos la siguiente pregunta: ¿por qué ahora, después de 4 años de guerra, con un territorio circunscrito solo a la ciudad de Tolosa y a Montauban, pudo el conde Raimon reunir tan imponente ejército? ¿Cómo se podría haber alimentado esa masa humana si los alrededores de Tolosa estaban devastados? ¿Podía reunir el condado de Tolosa tan ingente fuerza, cuando el todo el Imperio alemán, en la batalla de Bouvines, al año siguiente, no pudo reunir más de la mitad de esa cifra?

combinadas de tolosanos y aragoneses podían ascender, a lo sumo, alrededor de 12.000 hombres⁴³:

- 800 guerreros a caballo catalano-aragoneses.
- 1.000-2.000 guerreros a caballo occitanos, gascones y mercenarios.
- 5.000 a 10.000 peones de infantería, en su mayoría milicias ciudadanas de Tolosa, Montauban y sus alrededores⁴⁴.
- A estas cifras hay que añadir un contingente de unos 200 caballeros y 400 hombres a caballo, a las órdenes de Nuño Sanç y Guillem de Montcada, que cruzaban los Pirineos para unirse al rey Pedro en la ciudad de Tolosa; sin embargo, estos refuerzos estaban todavía lejos del escenario de Muret: la víspera de la batalla se situaban cerca de Narbona⁴⁵, siguiendo el camino de la costa, a más de 170 Km de Muret. Recorrer esta distancia que les separaba del rey implicaba varios días de marcha: en una jornada media, de unas 8 horas de marcha, el caballo se desplaza a una velocidad media de 8 a 10 km/h.

No hay duda que este heterogéneo ejército, a pesar de su número, no formaba una masa compacta, ni en experiencia ni en fiabilidad. Los caballeros catalano-aragoneses contaban en su mayoría con la experiencia adquirida el año anterior en las Navas de Tolosa, pero en cuanto a las huestes occitanas, no se podía decir lo mismo: sólo se podría confiar en la profesionalidad de los pequeños contingentes de tropas personales de los nobles occitanos –especialmente de los hombres de Foix–, y la calidad de la

⁴³ Las fuerzas disponibles por el rey Pedro son un elemento más de discordia entre las fuentes. Estas cifras son las aportadas por F.X. Hernández en su obra *Història Militar de Catalunya*. Podría parecer temerario que el rey Pedro hubiese iniciado la expedición sólo con hombres a caballo, sin contar con el apoyo de infantería, pero hay que tener en cuenta que en aquellos momentos el monarca conocía la situación delicada en la que se encontraba Monfort, y que la urgencia para actuar era extrema; por ello era necesario iniciar una marcha veloz, que solo podría lograrse si se contaba con fuerzas de caballería. Además, los informes que recibía el rey le indicaban que la masa de infantería de los meridionales, a pesar de su inexperiencia, contaba con una entidad suficiente para, de alguna o de otra manera, ser de utilidad para el desarrollo de la campaña.

⁴⁴ Estas cifras deben considerarse siempre en una dimensión a la baja. No hay que olvidar que, junto a las dificultades en las que se encontraba el condado de Tolosa, hay que añadir las propias limitaciones demográficas y logísticas de la época. Así, por ejemplo, el conde Guillermo el Conquistador sólo pudo reunir, para su campaña de conquista del trono de Inglaterra, una fuerza máxima de unos 14.000 hombres, de los cuales unos 10.000 fueron infantes; el emperador Federico Barbarroja, en sus campañas italianas –y en el apogeo de su poder– pudo reunir un ejército de una fuerza máxima de 15.000 hombres, un tercio de los cuales serían de caballería. Para la expedición contra la Corona de Aragón, en 1285, el rey francés Felipe III contó con un ejército de unos 8.000 hombres, de los cuales 1.500 eran caballeros y escuderos. Todas estas fuerzas solo podían ser operativas durante un período muy limitado de tiempo, consumiendo una gran cantidad de abastecimientos, forzando al límite los recursos de los territorios en los que operaban.

⁴⁵ ROVIRA I VIRGILI, Antoni. *Història de Catalunya*. (Vol IV). La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1977. Pág. 485.

milicia de infantería era a todas luces cuestionable para sostener no ya un prolongado asedio, y mucho menos una batalla campal.

Respecto del tamaño del ejército cruzado, todos los historiadores contemporáneos coinciden en indicar que su fuerza era muy inferior respecto del contingente hispano-occitano. Ello se debía a las especiales características del servicio militar en el bando cruzado: excepto por un núcleo de fuerzas personales feudales de Monfort y sus nobles, el resto del ejército se componía de voluntarios que se enrolaban por un período determinado de campaña, tras el cual podían regresar a sus hogares con la indulgencia papal. A lo largo del año 1213 –y gracias a los esfuerzos diplomáticos del rey Pedro–, el apoyo de Roma a la guerra en Occitania había disminuido hasta el punto extremo que incluso se llegó a plantear el cese definitivo de las hostilidades, los contingentes militares cruzados eran significativamente menores que en las campañas anteriores: se ha barajado la cifra aproximada de unas fuerzas totales de 1.000-1.200 hombres a caballo y alrededor de 1.500-2.000 infantes y arqueros⁴⁶ en todo el territorio occitano ocupado por los cruzados. Las noticias y rumores que recorrían el territorio informando de la llegada del ejército hispano del rey Pedro habían motivado que Monfort, para mantener el control de la población ocupada, destinase a buena parte de su ejército a tareas de guarnición, a la espera de la identificación del punto de invasión. Al no haber podido contar con los refuerzos habituales de la campaña de primavera, Monfort no disponía de ninguna fuerza de maniobra de envergadura con la que oponerse al avance del rey. Es por ello que el conde tuvo que arriesgarse, para poder socorrer a la guarnición de Muret, a despojar a sus otras fortalezas de la mayoría de las respectivas guarniciones, dejando sólo en cada una de ellas una fuerza mínima. Recurriendo a esta drástica medida, parece que pudo reunir para su fuerza de socorro a unos 700-800 jinetes y unos centenares de peones.

Independientemente de la cifra real de fuerzas cruzadas presentes en Muret, de lo que no cabe duda es que Monfort se encontraría en inferioridad numérica; de ello se encargaron de propagarlo los cronistas pro cruzados. No hay que olvidar que las fuentes de la época intentaban glorificar la

⁴⁶ Los efectivos cruzados no provenían únicamente del territorio real francés, de Flandes o el Imperio; ya que junto a ellos aparecen guerreros occitanos, como Balduino de Tolosa –hermano del conde Raimon VI de Tolosa–, que aleccionados por la cruzada, unen sus armas y destinos al de Monfort. Diferentes fueron los motivos que les llevaron a tomar las armas contra sus vecinos: ferviente y sincera devoción católica, búsqueda de beneficios personales, venganzas, rencores y ultrajes pasados, etc. Frecuentemente olvidados, tratados simplemente como *traidores*, su apoyo al bando cruzado no haría más que mostrar la inestabilidad política y social que imperaba en Occitania antes y durante la cruzada. Definitivamente, la idílica sociedad trovadoresca, galante y pacífica, imaginada e idealizada, no se correspondería con la cruda realidad.

hazaña de los cruzados, hasta alcanzar un simbolismo cuasi divino; por ello las fuentes habrían mantenido sus cifras expresamente a la baja. A pesar de su inferioridad numérica, Simón de Monfort era consciente que sus tropas tenían mayor experiencia de combate que sus oponentes. No en vano, el núcleo principal de sus fuerzas residía en las tropas veteranas de la campaña de 1209, en aquellos voluntarios que habían permanecido con él desde los primeros días de la lucha, que preferían la nueva vida de riquezas –y muerte– en tierras occitanas; muchos ellos, además, poseían la experiencia bélica previa de la guerra en Tierra Santa y de la guerra de Normandía. Pero Monfort, profundo devoto y experto conocedor de la mentalidad de su tiempo, tampoco descuidó la moral de sus guerreros: convocó a los obispos de Tolosa, Carcassona, Nîmes, Uzes, Lodève, Agde y Besiers, a los abades de Clairac, Vilamagna y Saint-Thibéry y al legado Arnau Amalric, con la intención que les acompañaran en la expedición. Monfort sabía que de aquella campaña sólo podía salir un vencedor, y estaba dispuesto a contar con la ayuda divina.

El 10 de septiembre, el ejército aliado llegaba delante de las murallas de Muret, protegida sólo por treinta caballeros y *sarjeants* cruzados y una fuerza pequeña de peones. Monfort, que se encontraba estratégicamente situado en la villa de Fanjaux, a la espera de las noticias de la invasión –circunstancia que temía desde hacia varias semanas–, se pone en marcha con sus fuerzas para ir a socorrer a la guarnición. A lo largo de todo el día los cruzados cabalgan para recorrer la distancia de 60 Km que separa Fanjaux de Muret; al atardecer, Monfort y los suyos llegan a Saverdun. La intención original de Monfort era cabalgar toda la noche para cubrir los 35 Km que separan las dos ciudades, y llegar a Muret antes del alba, pero los obispos que lo acompañaban, agotados por la dura jornada, querían descansar; la tropa, también exhausta, se sumó a esa petición. Monfort, según Pierre des Vaux de Cernay, consciente de las necesidades de su ejército, accedió.

Al día siguiente Monfort y sus tropas entraron en la ciudad asediada. Para los cruzados, aquello podía significar un alivio momentáneo, pero visto en perspectiva, no se trataba más que de una ratonera ideada por el rey Pedro; dentro de la villa, Monfort evaluó la situación: sus tropas sumaban unos 800 jinetes y alrededor de 700 soldados de infantería, y los víveres escaseaban. Para un experto jefe militar como él no podía pasar desapercibido que no se podría soportar un asedio; la encrucijada tenía dos únicos caminos: combatir al día siguiente, contra un ejército muy superior, o el deshonor de una retirada. Simón de Monfort, tras conversar con sus oficiales y con sus curtidos veteranos, se reunió con los legados, solicitándoles permiso para entablar batalla al día siguiente. Los eclesiásticos se pronun-

ciaron negativamente. El conde se retiró a sus aposentos y pasó la noche en vigilia, orando junto a su confesor⁴⁷.

Pero los obispos, a pesar de la tranquilidad aparente de Monfort, de sus palabras de confianza en la victoria, seguían sumidos en una creciente desesperación, y decidieron enviar una embajada de dos sacerdotes al campo hispano-occitano, para rogar que el rey abandonara a los enemigos de Dios. Los emisarios salieron al alba de la villa de Muret y lo hicieron descalzos, en señal de humildad. El rey se negó a recibirlos. A lo largo de aquellas horas, los obispos enviaron hasta 3 embajadas, sin ningún resultado satisfactorio.

En el bando hispano-occitano, la actividad se inició a primera hora de la mañana: tras oír misa, el rey Pedro convocó un consejo de guerra, con la presencia de los principales barones y capitanes del ejército. El soberano inicia su parlamento dando ánimos a sus hombres, exhortándoles a que mostraran la misma audacia que les había valido la gloria en las Navas de Tolosa un año antes; invitó a cada caballero a distinguirse por su valentía en el campo de batalla y cedió la palabra a aquel que quisiese intervenir⁴⁸. El conde Raimon VI, el hombre de más edad de los presentes y enemigo tradicional de la Corona aragonesa en Occitania, si bien reciente aliado—, conocedor de la falta de experiencia de las tropas tolosanas, deseaba evitar una batalla campal: proponía fortificar el campamento con una línea de empalizadas, tal y como había hecho en Castelnou d'Arri (1211), y repeler a los cruzados con ballestas, si intentaban forzar el asalto del campamento; de esta manera se podrían contener los ataques enemigos, manteniendo a las fuerzas de caballería en reserva para lanzar prestos un contraataque una vez desgatada la ofensiva cruzada. En el supuesto que los cruzados no atacasen el campamento, el conde proponía proseguir con el asedio.

Pero estas propuestas contradecían frontalmente los planes del rey Pedro: éste tenía ya en mente presentar batalla, considerando que en Muret no solamente se tenía que derrotar al enemigo, sino también conseguir la paz, pero desde una posición de fuerza. Y eso sólo se puede conseguir con la victoria en un campo de batalla, no venciendo tras un asedio. Toda la

⁴⁷ Son constantes las referencias de las fuentes a las comparaciones y contraposiciones entre las actitudes de los dos jefes: mientras Simón de Monfort pasaba la noche en vela junto a su confesor, el rey Pedro yacía con una cortesana y sucumbía a los pecados de la carne. Más allá de la interpretación anecdótica de los hechos reales, se manifiesta una voluntad unívoca de mostrar que Dios solo se podía poner de parte de los cruzados.

⁴⁸ Era costumbre que el jefe de un ejército, en un consejo de guerra, tras su exposición del planteamiento táctico a seguir, ofreciese la palabra a todo aquel oficial y noble que estuviese presente: a pesar de la jerarquía, en estas reuniones reinaba una relativa transparencia, primando la sinceridad y fundamentación de las opiniones, por encima de estatus y relaciones vasalláticas.

Cristiandad ha de ver cómo el rey de Aragón derrota a Monfort en buena lid. El rey es consciente de las enormes posibilidades políticas que se abren con la derrota de Monfort en el campo de batalla. Nadie duda de la ortodoxia del rey Católico, quien ha ganado fama internacional tras la batalla de las Navas, pero su apoyo a los barones occitanos, excomulgados por Roma, plantea una cuestión religiosa y moral de difícil resolución; es por ello que, venciendo a Monfort, y dentro del razonamiento medieval, la derrota de los cruzados mostrará a todos que la Verdad no está de parte de Monfort y los suyos, sino que éste se ha excedido y abusado de sus prerrogativas, y no se comporta como un buen cristiano ni como caballero: por un lado, se ha valido de la Iglesia y de la idea de santa cruzada para atacar a otros católicos y despojarles de sus tierras; por otro, se ha alzado en armas contra su señor feudal el rey de Aragón. La lógica feudal, pues, obliga a que el conflicto se dirima en una batalla campal. El rey, muy hábilmente, plantea el conflicto en un plano personal: quiere vencer a Monfort, no derrotar a Roma.

La victoria sobre el ejército cruzado a manos de un rey con el prestigio de Pedro II, permitiría a éste negociar directamente con el Papado la posibilidad de una paz negociada; no es difícil imaginar cuáles serían las condiciones del armisticio: a cambio de establecer medidas políticas y religiosas efectivas contra los cátaros, la retirada de todo apoyo feudal a la herejía y el restablecimiento de la supremacía eclesial romana, Pedro II exigiría a cambio la restitución de las tierras y posesiones a sus legítimos propietarios, la desmovilización del ejército cruzado y el encarcelamiento del noble rebelde Simón de Monfort —el cual, en sentido estricto, se había alzado en armas contra su señor feudal, el rey Pedro—.

Pero no hay que olvidar que las crónicas prooccitanas que nos relatan el consejo de guerra —*Canzó de la Cruzada* y la Crónica de Guilhem de Puy-laurens— fueron escritas más de dos décadas posteriores a los sucesos, y en ellas hay una intención manifiesta en destacar el papel que juega la casa de Tolosa en el conflicto occitano⁴⁹; de ahí el papel relevante que se pretende asignar al conde Raimon: con el recuerdo de la derrota de Muret, y para ensalzar a los condes de Tolosa, en éstos relatos se pone de relieve la prudencia de Raimon, frente a la irreflexiva gallardía del rey Pedro. Los cronistas, pues, no entran a reflexionar las motivaciones del rey, sino sólo trans-

⁴⁹ En esta época, el conde Raimon VII —presente en Muret— es el jefe de la resistencia contra el dominio real francés, que a partir de 1225 había intervenido militarmente en el conflicto. Las actuaciones de Raimon VII fueron mucho más enérgicas y activas que las de su padre, pero no por ello los cronistas tenían que desmerecer o minusvalorar la actuación del anciano conde; sin lugar a dudas, mientras se narraban los hechos, el papel del conde de Tolosa en Muret se maquilló para reflejar una imagen política adecuada, si bien alejada de la realidad.

miten lo anecdótico: la disputa entre los dos líderes. El rey Pedro, al rechazar de plano la propuesta del conde Raimon, sólo logra enemistarse con él: Raimon se retirará a su tienda, de las crónicas se desprende que apenas participó en los acontecimientos posteriores de la batalla. El alférez real, Miguel de Luesia, lanzó un furibundo ataque verbal al conde de Tolosa⁵⁰ que, lejos de corresponderse a un exaltado ideal caballeresco, podrían responder al recelo que él mismo como caballero, el rey Pedro y los suyos mantenían respecto de los tolosanos:

- a) Durante generaciones habían sido los tradicionales enemigos de la Casa de Aragón en la pugna por la supremacía en esas tierras meridionales, y que sólo ahora, bajo la extrema presión de los cruzados, habían accedido a la pleitesía y protección de Aragón⁵¹.
- b) La estrategia dubitativa y temporizadora de los condes de Tolosa frente a la agresión de la Cruzada; en un primer momento, el conde Raimon intentó unirse a los cruzados y desviar el ataque hacia el vizcondado de los Trencavell, súbditos de Pedro II; posteriormente, sus reiterados intentos de llegar a una solución negociada y evitar la conquista de sus tierras. Pero además, todos los meridionales y los catalano-aragoneses conocían perfectamente la actitud que había mostrado el conde en la batalla de Castelnou d'Arri, cuando el conde de Foix se alzaba con la victoria frente a Monfort, lejos de apoyarle, guardó una postura defensiva que permitió a los cruzados contraatacar y alzarse con la victoria.
- c) El conde de Tolosa usaba su condición de noble para imponer su consejo por encima de la veteranía de guerreros experimentados. En aquella época no existía una cadena de mando permanente y el ejercicio del liderazgo de una hueste medieval frecuentemente no provenía de la experiencia de combate si no del linaje, pero se aceptaba la voz de los jefes militares curtidos, aunque no perteneciesen a grandes casas nobiliarias; la propuesta de Raimon VI chocaba de plano

⁵⁰ Luesia reprobaría al conde Raimon la oportunidad y calidad de sus consejos en cuestiones militares, cuando el conde no había sabido conservar ninguno de sus dominios ante las fuerzas cruzadas.

⁵¹ La Gran Guerra Meridional (1112-1190) significó una herida abierta en las tierras occitanas, una lucha constante que impidió cohesionar el territorio alrededor de un poder estable y fuerte. Los tolosanos nunca pudieron llevar la iniciativa estratégica; sus compromisos internacionales (Francia, Tierra Santa), sus delicadas finanzas y sus díscolos vasallos les impidieron poder actuar como el revulsivo de la unidad occitana. El colapso tolosano pudo llegar en 1159, cuando fuerzas catalano-aragonesas avanzaron sobre Tolosa; sólo con la ayuda francesa el conde Raimon V pudo mantener su feudo y conjurar el peligro. Tal y como indica Alvira Cabrer, los tolosanos nunca enviaron fuerzas más allá de los Pirineos.

con las ideas del rey, pero éste no podía manifestarse abiertamente contra los consejos de su recién aliado, por lo que, en boca de su amigo de Luesia, exponía la postura de los que contaban con la experiencia adquirida en los últimos años junto a Pedro, y especialmente con el recuerdo de la jornada de las Navas. Así, frente a la opinión del tolosano, de resguardarse tras los parapetos del campamento, Luesia aspiraba a sacar todo el partido de la superioridad táctica de los meridionales en una batalla campal, que indudablemente se ofrecía difícil, pero no imposible.

Y a pesar de todo ello, la táctica de Raimon VI de Tolosa ha sido valorada positivamente por los historiadores –tanto por los coetáneos del momento como por nuestros contemporáneos– y es calificada como brillante. Soldevila va más allá y argumenta que la mentalidad burguesa y culta del conde de Tolosa se pone de relieve con esta táctica y, de hecho, de seguir sus consejos, la batalla –y por ende, la guerra, la cruzada y el destino de Occitania y Cataluña– hubieran sido totalmente diferentes.

Esta apreciación no puede ser aceptada tácticamente; en primer lugar, resulta ilógico pensar que el pensamiento burgués y mercantil de los meridionales pudiera crear y materializarse en una doctrina militar superior a la de los caballeros –del norte o de más allá de los Pirineos–, curtidos en años de experiencia en los campos de batalla de Normandía, Aquitania, Flandes y Tierra Santa; en segundo lugar, el repliegue hacia el campamento aliado otorgaba a Simón la iniciativa táctica –y estratégica– de la campaña de 1213; en tercer lugar, no permitía una conclusión de la guerra, y posponía la resolución del conflicto, con el riesgo de la intervención oficial francesa.

Como prueba de la limitada capacidad táctica del conde tolosano encontramos el hecho de basar, justamente, su estrategia de batalla en la suposición que Monfort se lanzaría al ataque sobre el campamento aliado –que, recordemos, albergaba a una fuerza de unos 10.000 soldados–, en lugar de plantear una batalla campal o retirarse. Imaginar que el líder cruzado lanzaría su escaso millar de hombres, contra una fuerza diez veces superior, con todas las vías de salida constantemente vigiladas, en campo abierto, tras vadear un caudaloso río, puede resultar un ejercicio de fe, más que de la razón. De hecho, el propio Monfort decía que si no podía atraer al enemigo fuera de sus tiendas, tendrían que retirarse. Se pone, pues, de relieve, que la táctica de Tolosa era totalmente errónea, aunque muchos en la actualidad crean justo lo contrario. Salve decir que, salvo en pocas excepciones, una defensa exclusivamente estática nunca puede conceder la victoria a un ejército: la línea Maginot, la muralla del Atlántico, la línea Sigfrido, las barre-

ras de arena en el Canal de Suez, las defensas del desierto en la Guerra del Golfo, etc. son ejemplos de defensas «inexpugnables» que fueron rebasadas y conquistadas. Este razonamiento, pues, tan alejado no ya de los ideales caballerescos que podía hacer gala el rey Pedro II, sino de las más elementales consideraciones tácticas –que sí habían sido consideradas por el monarca– revela la causa por la cual la guerra había sido, hasta aquel momento, tan desfavorable para el bando occitano: sin un liderazgo fuerte, respetado y experimentado en cuestiones políticas y militares, los meridionales habían sido derrotados uno a uno por un ejército inferior en número.

Además, el conde de Tolosa pretendía el uso de la ballesta para contrarrestar una carga de caballeros cruzados. Hay que tener en cuenta que el empleo de la ballesta estaba repudiado por los usos militares de la época, al menos en teoría: la ballesta era considerada un artefacto para cobardes. Según el estricto código de honor de los caballeros medievales, las armas «nobles» eran la lanza, la espada, el hacha, la maza y la daga, armas de honor, directas y personales.

Pero el empleo de armas arrojadas era considerado como un acto vil, propio de los peones. Es por ello que la aristocracia sentía un profundo desprecio –y terror⁵²– por el arma propulsada a distancia, puesto que el impacto del virote de la ballesta traspasaba las cotas de malla.

Para un noble, entrenado desde la infancia en el arte de la guerra, protegido con un costosísimo armamento defensivo, era intolerable la posibilidad de ser vencido o muerto no por un igual sino por un plebeyo escasamente adiestrado, cobarde por definición⁵³ y desde una distancia tal que era imposible la mera defensa. La muerte acechaba ahora no en el campo de batalla, en un combate singular, sino en cualquier escaramuza, al doblar un recodo del camino, una muerte anónima, sin gloria. Este tipo de muerte, sin gloria, rompía la concepción moral de la época, y podía alterar el orden social establecido; es por ello que el II concilio de Letrán (1139) prohibió el empleo de la destreza mortífera de arqueros y ballesteros pero, eso sí, sólo contra otros cristianos. Paradójicamente, y en aras a una mayor efectividad militar, estas prohibiciones eclesiásticas serían ignoradas desde un principio por buena parte de los nobles feudales.

⁵² Para la nobleza cristiana y para la Iglesia de Roma la ballesta fue un arma despreciada cuando no maldita, no en vano una de sus representaciones más antiguas en la iconografía era en manos de un demonio.

⁵³ De hecho, mientras que un caballero capturado era normalmente respetado por sus pares, por solidaridad de clase y para conseguir un rescate, los arqueros y ballesteros eran masacrados como asunto de rutina e incluso los nobles de un ejército podían aplastar con los cascos de su caballo a sus propios ballesteros si se interponían en su camino.

Es por ello que, dentro del contexto de aquellos momentos, plantear una batalla en base al empleo de la ballesta, en manos de fuerzas «herejes» contra caballeros cruzados, además de estar parapetados detrás de fortificaciones, en lugar de entablar batalla campal, representaba una afrenta, no solo para el código de honor y moral de los caballeros, sino que iba más allá, y cualquier victoria así obtenida no podía esperar la aprobación ni el prestigio necesario como para ser determinante en el conflicto ni a escala internacional.

Sin duda, la postura de Raimon de Tolosa podría corresponder más a la apreciación de las debilidades de su caballería y de la escasa preparación y armamento de las milicias y peones tolosanos que les acompañaban. Es por ello que el conde buscara la protección del campamento, no tanto por un concepción táctica más avanzada, si no por el hecho de no sucumbir en una batalla trascendental, sin las debidas garantías de victoria. Es desde este razonamiento que la posición de Raimon VI se podría considerar como aceptable.

Existen, pues, dos claras visiones del conflicto: el conde Raimon cree que venciendo a Monfort en combate, la guerra se resolverá favorablemente y la situación internacional podrá volver al *status quo* existente en 1209. Por su parte, el rey Pedro confía en que la derrota de Monfort, en batalla campal, sirva para que los legados y Roma accedan a resolver el conflicto de manera negociada.

Una estrategia defensiva quizás habría dado la victoria en Muret⁵⁴, pero no habría significado el fin de la guerra –si al menos, de la campaña de 1213–. El Papa Inocencio III habría redoblado esfuerzos y Francia podría intervenir directamente –si se prescinde de la amenaza que sufría la monarquía francesa, también en aquellos momentos, provenientes del Imperio y de Inglaterra, sucesos que alcanzarían su cénit en 1214, con la batalla de Bouvines–.

Tras el incidente con el conde, el monarca acuerda con sus barones levantar la reunión, y los guerreros se preparan para el combate. Finalizado el consejo de guerra, las crónicas retoman la acción del combate: fuerzas de infantería meridionales avanzan hacia las murallas, y toman la parte nueva de la ciudad. En el bando cruzado hay enorme preocupación ante el avance

⁵⁴ Con la opción de la defensa estática se prescinde de tres hipótesis principales que surgen ante tal circunstancia: en primer lugar, Simón de Monfort podía haber abandonado Muret y no presentar batalla, con lo cual la guerra hubiera continuado; en segundo lugar, Monfort podía atacar el campamento, salir con vida y obtener nuevos refuerzos y continuar la guerra; en último planteamiento, y simplificando otros escenarios, los cruzados podían haber arrollado el campamento aliado y alzarse con la victoria.

occitano: los preladados esperan todavía que el rey Pedro escuche sus súplicas y no prosiga el combate, y es por ello que se niegan a autorizar el combate hasta que no se conociesen las nuevas del rey. Pero Monfort, al igual que Pedro II, sabe que se trata del combate definitivo, y así plantea a los legados la necesidad de entablar batalla, ante la contundencia de los asaltos de la infantería enemiga a las murallas de la ciudad. Los obispos ceden.

En una reunión con sus lugartenientes, Monfort expone su plan de batalla, meditado tras horas de estudio de la situación; la valoración de la situación que hace el jefe de los cruzados expresa la necesidad de arriesgarse a una batalla en campo abierto, o sino, serán aniquilados. Monfort dirá: «*Si no podemos hacer que se alejen un buen trecho de sus tiendas, no nos quedará más remedio que correr*⁵⁵». Tras el consejo guerra⁵⁶, Monfort ordena que las tropas formen en la plaza del mercado, en el lado suroeste de la ciudad, a la espera de sus instrucciones. Antes de armarse, se detiene brevemente en la capilla del castillo para orar: de nuevo aparece la profunda religiosidad del líder cruzado, en contraposición con la ausencia de liturgias católicas en el ejército del rey Pedro.

Son muchos los historiadores que han tratado la batalla de Muret, aportando luces –y sombras– al debate sobre los acontecimientos que se desarrollaron en aquel lejano 12 de septiembre de 1213. Sin embargo, si comparamos las hipótesis planteadas por los principales especialistas en la materia⁵⁷ se pueden establecer cuáles son los elementos comunes en las diferentes teorías y también cuáles son aquellos elementos en los que existe la discordia.

Podemos avanzar que las cinco teorías existentes se agrupan, bajo diferentes matices, en aquellas que plantean una batalla desarrollada en dirección Este-Oeste –salida de las fuerzas cruzadas por la puerta de Salas, rodeo de la muralla y paso por el puente de san Serni– y aquellas otras hipótesis

⁵⁵ Es muy significativo el hecho que Monfort planificase una acción decisiva a campo abierto, sin considerar ni el mantenimiento del asedio ni tampoco atacar el campamento aliado. Tanto Monfort como Pedro II compartían, pues, el mismo planteamiento táctico: si el rey hubiese aceptado los consejos de Raimon VI, Monfort hubiese escapado de Muret, con lo que de nuevo la iniciativa estratégica de la guerra hubiese pasado a manos del cruzado. Por supuesto que nadie puede aventurarse a afirmar que hubiese pasado en esta nueva fase de la guerra, pero las oportunidades de tener neutralizado a Monfort, como en aquellos días en Muret, difícilmente se hubiesen repetido.

⁵⁶ Paradójicamente, y a diferencia del rey Pedro II, Monfort no cede la palabra a ninguno de sus oficiales, ni permite la existencia de ninguna alternativa: su plan ha sido inspirado directamente por Dios, tras pasar rezando toda la noche. No hay, pues, posibilidad de cuestionar nada: la victoria vendrá decidida por su apoyo a la causa de la Cruzada.

⁵⁷ Nos hemos centrado en las referencias de los siguientes especialistas: Delpech (*La Bataille de Muret et la Tactique de la cavalerie au XIIIe siècle*), Dieulafoy (*La bataille de Muret*), Ventura (*Pere el Catòlic i Simó de Monfort*) y Hernández (*Història militar de Catalunya*).

que lo sitúan en un eje de ataque Sur-Norte –salida por la puerta de Salas, avance por la orilla del Loja y un posterior cruce por un vado–. En todas ellas –excepto en la versión de F.X. Hernández–, se destaca que las fuerzas hispano-occitanas estaban previamente formadas para la batalla.

La falta de precisión sobre el orden de combate aliado en las fuentes hispano-occitanas podría responder a una falta de información, pero también podría responder a una deliberada ocultación para no mancillar el honor de alguno de los participantes; todo parece indicar que sería la figura del conde Raimon de Tolosa la que se querría proteger: el parlamento ante el rey, su táctica «razonable» expuesta con claridad, rechazada por el rey, etc. pero, significativamente, se guardaría silencio sobre su protagonismo en la acción bélica. De hecho, los historiadores solo pueden establecer conjeturas acerca de si tomó parte o no en la batalla.

La idea general transmitida es que el rey actuó como un caballero impulsivo y optó por la batalla campal, persiguiendo su ambición de gloria y fama, sin valorar las consecuencias, cediendo la ventaja táctica al acorralado Simón de Monfort. De hecho, en un momento en que la literatura medieval se recreaba en historias caballerescas, no podía concebirse imagen más sublime que la de un rey a la cabeza de sus huestes⁵⁸. Así se nos ha transmitido la imagen, por ejemplo, de la actuación personal de los tres monarcas en la batalla de las Navas, que fue fundamental para la victoria cristiana; los reyes de Navarra, Aragón y Castilla se lanzaron al combate, en el momento más delicado de la batalla, con la intención de motivar a sus hombres, prescindiendo de ocupar un puesto seguro en retaguardia, tal y como aconsejaba la prudencia militar. El planteamiento del rey Pedro II de una batalla campal no puede valorarse a la ligera, como una falta de responsabilidad del monarca, optando por una insegura confrontación campal y rechazando de plano la segura –y, siguiendo este planteamiento, exitosa– opción de la defensa del campamento.

El rey Pedro contaba con una dilatada experiencia de combate, tanto en guerra de asedio, como en cabalgadas, pero también en batallas. Su concurso en las Navas de Tolosa tuvo que representar un enorme bagaje y fuente de conocimientos para el rey y el resto de sus tropas. El soberano era

⁵⁸ Las crónicas narran que en la batalla de Alarcos, el rey Alfonso VIII, ante la derrota que se avecinaba, se lanzó con su mesnada al centro del combate, con la intención de servir de ejemplo a sus tropas, involucrándose personalmente en la batalla, con la única idea de alcanzar la victoria u obtener una muerte gloriosa, puesto que el ideal caballeresco exigía el sacrificio personal antes que una vida de deshonor. La postura heroica del rey castellano no logró resolver a su favor la batalla, y los consejeros y miembros de la mesnada real consiguieron que el monarca desistiera de su postura y se retirase con los restos del ejército.

consciente de la heterogeneidad de sus fuerzas, de la calidad de los caballeros que formaban en su ejército; falta de la experiencia y potencia de los caballeros de las órdenes militares, sólo podía confiar realmente en su hueste catalano-aragonesa y en las fuerzas del conde de Foix.

Es por ello que, basándose en las lecciones aprendidas a lo largo de su carrera militar, Pedro II planificó el siguiente despliegue táctico:

- El lugar de la batalla tendría que ser forzosamente la llanura del norte de Muret, al otro lado del río Loja, y no en la zona del oeste de Muret, en el triángulo de tierra formada entre el Garona, el Loja y la ciudad. El rey había elegido muy hábilmente este escenario: obligará a salir a campo abierto a los cruzados, pero previamente deberán cruzar el río Loja, por lo que sus filas quedarían desorganizadas antes de entrar en combate; además, la elección de ese emplazamiento provocará que Monfort combata de espaldas al río Loja, encerrado por el Garona por su derecha, y lejos del apoyo de la guarnición de la ciudad, sin apenas posibilidad de garantizar una ruta de retirada segura.
- En vanguardia, para ralentizar la carga cruzada, los caballeros de Foix y un numeroso grupo de caballeros catalanes. Los primeros tenían experiencia de combate, especialmente en la batalla de Castelnou d'Arri; los segundos, de la campaña de las Navas. La elección como jefe en el conde de Foix⁵⁹ era obvia, tras su destacado papel a lo largo de toda la guerra. No hay que olvidar que en las campañas de la Reconquista, acciones en las que Pedro estaba versado, la punta de lanza de las fuerzas cristianas, su élite guerrera, residía en las órdenes militares⁶⁰ y en los voluntarios cruzados europeos. En las Navas de Tolosa se había contado con la decidida carga de los monjes-guerreros para romper el frente enemigo: la infantería y caballería ligeras almohades —a pesar de su

⁵⁹ La casa pirenaica de los Foix eran vasallos de los condes de Tolosa; su creciente poderío les hizo enemistarse con sus, teóricos, señores feudales; es por ello que a lo largo del siglo XII orbitaron hacia la causa de la Corona de Aragón. El conde Ramon Roger de Foix fue el prototipo del caballero medieval: gran guerrero, valiente, enérgico y sin escrúpulos. Participó en la III Cruzada, al lado del rey Felipe II de Francia. Cuando estalló el conflicto occitano, combatió en un primer momento al lado de los legados papales, contra sus vecinos de Tolosa y Comminges. Al calor de la depredación de los cruzados y al giro político de los acontecimientos, decidió oponerse a los invasores del norte. Su liderazgo político y militar fue evidente —como demostró en la batalla de Castelnou d'Arri—, llegando a ser la personalidad occitana más relevante e influyente del rey Pedro II.

⁶⁰ En 1201, el rey Pedro II de Aragón, en agradecimiento por la asistencia del santo patrón Jorge a sus ejércitos, crea la Orden de San Jorge de Alfama en la localidad de Alfama (Tarragona), con la misión de proteger la frontera entre el Coll de Balaguer y el delta del Ebro, territorio casi desértico, utilizado por piratas y ladrones para guarecerse y como base de partida para expediciones de saqueo de los alrededores de Tarragona y Tortosa. Los primeros miembros de la nueva Orden serán voluntarios de la Orden de Calatrava.

ingente número— habían cedido, y se había llegado al contacto decisivo contra las tropas regulares almohades⁶¹. Es por ello que sabía de sobra lo difícil que era poder repeler el impacto de una carga de caballería pesada como la cruzada, de ahí el despliegue de los dos grupos de caballeros; confiaba, además, que los jinetes catalanes podrían dar mayor cohesión a los meridionales y amortiguar el impacto de los cruzados. Las fuerzas de este primer cuerpo, barajando las cifras aportadas por las diferentes fuentes, serían de unos 400 guerreros a caballo occitanos y unos 200 catalanes, entre caballeros, y escuderos.

- El centro, comandado por el propio rey Pedro⁶². En este grupo formaban junto al rey, los componentes de la mesnada real⁶³ y el resto de caballeros y guerreros a caballo catalano-aragoneses: junto a los veteranos de las Navas⁶⁴ formarían los nuevos caballeros y sus servidores. Juntos podían constituir un núcleo de caballería pesada capaz de oponerse a la fuerza de los cruzados, que, en teoría, tendría que estar debilitada al traspasar las líneas de los caballeros de Foix y los catalanes. Las tropas de esta batalla podían sumar alrededor de 300 guerreros a caballo⁶⁵.
- El esquema básico de un despliegue táctico plenomedieval incluía un tercer cuerpo, en retaguardia. Pedro II había comprobado en las Navas la necesidad de tener una reserva, descansada y preparada para cargar,

⁶¹ Los caballeros de las Órdenes militares fueron rechazados y perseguidos por las fuerzas almohades; el uso adecuado de las reservas castellanas y el simultáneo ataque por los flancos de las tropas aragonesas y navarras, permitieron estabilizar de nuevo la batalla, y traspasar las líneas musulmanas hasta el campamento del califa al-Nassir.

⁶² Están también las afirmaciones de Guillem de Puylaurens, el cual dice haber oído a Raimon el Joven, hijo del conde de Tolosa, que estaba presente en el combate, que el rey de Aragón se alineó en orden de batalla; que el conde de Foix era la vanguardia con los caballeros provenientes de Cataluña. La presencia del jefe del ejército en el segundo cuerpo de batalla no era una excepción: Carlos de Anjou ocupó esa posición en la batalla de Benevento (1266), con la intención de mantener un mejor control táctico y para elevar la moral de su heterogéneo ejército.

⁶³ La fidelidad hasta la muerte de la guardia personal del soberano se remonta a las narraciones germánicas, que sirvieron de base al cuerpo espiritual de la caballería medieval, en las que se consideraba un deshonor que los guerreros sobrevivieran a su señor en el campo de batalla. Uno de los ejemplos clásicos de este pensamiento es el destino glorioso y trágico de los *housecarls* y *thegns* sajones en la batalla de Hastings (1066), que se lanzaron a una carga final contra los normandos tras la muerte de su rey Harold II.

⁶⁴ Entre ellos encontramos al mayordomo real Miguel de Luesia y Aznar Pardo, entre otros. Estos caballeros, que había combatido contra los almohades, conocían de sobras las tácticas y la efectividad de los caballeros francos.

⁶⁵ A pesar que en la mayoría de relatos se indica que el rey de Aragón sólo estaba rodeado por su mesnada personal, no hay que olvidar que los relatos de la época se centran, casi exclusivamente, en las hazañas de los nobles. Así pues, teniendo en cuenta que la vanguardia del ejército contaba con la presencia de 200 jinetes catalanes, se hace difícil poder ubicar al resto de las fuerzas catalano-aragonesas que no sea junto a su rey.

lista para el golpe definitivo. Ello induce a pensar que en Muret también debería existir un cuerpo con esa finalidad. Aunque Pedro no confiase en los tolosanos, debía contar con ellos ante una eventualidad. Es por ello que lo más plausible fuera destacar al conde de Comminges, noble de su confianza, al frente de este tercer contingente de tropas.

Sin embargo, el papel de Raimon VI y de sus tropas continúa siendo una incógnita. La visión tradicional de la batalla indica que el conde mandaba la retaguardia del ejército hispano-occitano, y que tras conocer la noticia de la muerte del rey, y ante la desbandada generalizada de las tropas, viéndolo todo ya perdido, se retiró con sus hombres. Pero conviene detenernos en analizar estos presupuestos, para poder arrojar algo de luz ante aquellos acontecimientos. El rey debió de considerar largamente la posición del conde Raimon: la discusión en la tienda de mando, la experiencia bélica del tolosano, la tradicional enemistad y rivalidad política, hacían de Raimon un aliado inestable, y militarmente incapaz para dirigir una posición táctica de relevancia, a pesar que los tolosanos constituían la principal fuerza de caballería del contingente aliado –más de la mitad de las fuerzas presentes– y la espina dorsal de las fuerzas de infantería. Tenía que compaginar por un lado, el respeto hacia el rango del conde de Tolosa, y por otro lado, garantizar que su papel y el apoyo de sus tropas fuera realmente útil.

Algunas fuentes cuestionan que existiese un cuerpo de reserva del ejército meridional, y mucho menos que este cuerpo estuviera comandado por el conde de Tolosa. Se deduce que él lo mandaba por el simple hecho que la mayoría de fuentes lo omiten del orden de batalla meridional. Ante esto, se plantean varias hipótesis:

1. El conde de Tolosa, tras la negativa del rey a establecer una defensa estática contra los cruzados, se retira con sus tropas, o permanece inactivo en el campamento, sin la intención de formar en el plan de batalla. Esta hipótesis permitiría explicar el silencio de las fuentes sobre la ausencia e inactividad del conde y sus tropas, y el deseo de otorgarle protagonismo en las deliberaciones previas de la batalla. Además, y en ello es especialmente significativo, justificaría el por qué el rey Pedro se situaría en el segundo cuerpo de batalla, en lugar de la tradicional posición de la retaguardia⁶⁶.

⁶⁶ En la batalla de las Navas de Tolosa, en el planteamiento táctico inicial, los tres reyes cristianos se desplegaron ocupando su posición de batalla en el ala izquierda (Pedro II), centro (Alfonso VIII) y ala derecha (Sancho VII); cada cuerpo formó en tres batallas (vanguardia, centro y retaguardia), ocupando los soberanos su puesto en la zona de retaguardia. Cabe pensar, pues, que el rey Pedro había ocupado la posición más responsable para su rango y para el desarrollo de la batalla en las Navas, y haría lo mismo en Muret.

2. Otra hipótesis, partiendo de la misma argumentación anterior, indicaría que el rey Pedro, consciente de la poca predisposición del conde –y quizás de la calidad de sus caballeros– lo sitúa en retaguardia, con la doble misión de constituir la reserva y de protección del campo aliado. Sin embargo, esta explicación no arrojaría ninguna luz sobre la inactividad del conde, que, simplemente, se limitó a contemplar cómo los cruzados traspasaban la primera línea meridional, alcanzaban la hueste del rey Pedro y acababan con ellos. Es demasiado simplista considerar que el conde no hizo nada, ni tan siquiera envió refuerzos cuando los cruzados entraron en contacto con las unidades aragonesas.
3. Por último, se podría considerar la posibilidad que el conde formara parte del orden de batalla aliado, y que realmente actuase en la batalla, pero por alguna razón, las fuentes no informasen al respecto. Quizás se debiera a que tal actuación no fuese ni brillante ni decidida, justificando que en las crónicas no figurase. Ya se ha comentado con anterioridad como la información disponible se encuentra tanto muy limitada como muy sesgada, especialmente desde el punto de vista francés. De hecho, y teniendo en cuenta cómo la monarquía francesa se anexionó los territorios del condado de Tolosa, se pudiera justificar que los cronistas pro cruzados y franceses intentaron dar una visión de la batalla en la cual los tolosanos –súbditos, ahora ya, del rey de Francia– aparecían como actores secundarios de los acontecimientos, evitando recordar que en aquella época habían decidido apoyar a la Corona de Aragón, en su lucha por preservar su soberanía frente a los cruzados franceses.

Pero, a la luz de los acontecimientos anteriormente descritos, la explicación dada por Delpesch sería la que más se aproximaría a la realidad: Raimon VI no combatió por razones políticas; dolido y humillado por los comentarios aragoneses, y por su falta de carisma, Raimon VI se retiró con parte de sus tropas hacia el interior del campamento. La negativa del conde habría constituido un nuevo argumento de peso a las razones del rey a situarse en la segunda línea de combate: de hecho, no le quedaría más remedio que situarse en esa posición si quería mantener el control efectivo de sus tropas en el transcurso del combate.

El rey Pedro concentraría todas sus fuerzas en sólo dos batallas: la vanguardia, a las órdenes del conde de Foix, y el centro, bajo su mando personal, un lugar que le permitiese estar relativamente cerca de la acción, pero sin comprometerse en ella. En definitiva, se tiene que romper con el mito que el rey de Aragón ocupó una posición durante la batalla deliberadamen-

te expuesta por una cuestión de orgullo personal de caballero o por exceso de confianza. Sólo los tópicos existentes sobre el carácter del rey podrían explicar esta disfunción de la realidad. La negativa del conde Raimon a unirse al combate estaría en la base de la justificación de su comportamiento en las crónicas: el conde prudente expone su plan al rey, que se niega a escucharle; al final del día, el rey yacerá muerto por no haber seguido los consejos del conde de Tolosa. Poco importaría que Raimon VI no hubiese acudido en ayuda de su soberano: los cronistas se encargarían de minimizar tal detalle.

El rey Pedro II ideó un despliegue táctico de contención, donde el primer cuerpo meridional absorbería el impacto de la carga cruzada, el segundo cuerpo –comandado por él personalmente– sería el encargado de asestar el golpe definitivo o de mantener la posición⁶⁷, en el caso que los cruzados traspasasen la primera línea; por último, y aprendiendo la lección de las Navas, se habría dispuesto que una pequeña reserva, comandada por algún noble de confianza del rey –ante la falta de colaboración de los tolosanos– efectuase un flanqueo de las huestes cruzadas⁶⁸, con la intención de rodearlas, aislarlas de una posible salida de Muret, cortarles la posibilidad de retirada y, finalmente, aplastarlas. Este movimiento de flanqueo podría realizarse o bien por un solo flanco o por los dos⁶⁹. En la primera opción, el flanqueo tendría que haberse efectuado por el suroeste, por un terreno más llano y sin los obstáculos de los arroyos existentes, además del impacto psicológico que podría ocasionar entre los defensores de Muret, que, desde las

⁶⁷ La experiencia vivida en las Navas tuvo que servir de inspiración y modelo para el desarrollo táctico de Muret. Pedro conocía cómo en julio de 1212 habían derrotado al imponente ejército musulmán: en el cénit de la batalla, la práctica totalidad del ejército almohade combatía contra los dos tercios de las fuerzas cristianas, que a través de dos demoledoras cargas sucesivas habían conseguido romper el frente enemigo.

⁶⁸ En la batalla de las Navas, los cristianos mantuvieron reservas listas para entrar en acción, tanto para sostener el frente si era necesario como en su uso ofensivo. Sin embargo, la decisión de su entrada en acción fue uno de los momentos más decisivos de la batalla: Alfonso VIII quiso lanzarse al ataque cuando vio que las fuerzas cristianas cedían terreno, pero fue aconsejado de esperar a que las fuerzas musulmanas estuviesen totalmente implicadas en el combate.

⁶⁹ En la batalla de las Navas resultaron decisivos los movimientos envolventes de los reyes de Aragón y Navarra, que permitieron sobrepasar a las tropas musulmanas, extendiendo el radio de envolvimiento y alcanzar el campamento almohade en una acción de convergencia del centro cristiano junto a las alas formadas por las reservas. Paradójicamente, las fuentes de la época, al recoger los testimonios de los hechos, ensalzaron la actuación de los monarcas cristianos, concediendo la gloria del éxito a un determinado monarca, en función de la historiografía de cada reino. La victoria fue conseguida de manera conjunta, una acción múltiple en la que los esfuerzos de los combatientes de los distintos reinos cristianos se aunaron para lograr el éxito, a pesar que, desde una limitada y reducida visión de la batalla, los combatientes y cronistas de cada uno de los tres cuerpos pudiesen considerar que era su rey el que estaba conduciendo al resto al triunfo final.

murallas, podrían contemplar, sin posibilidad de ayudar, como los meridionales rodearían a los caballeros cruzados.

La opción de un doble flanqueo podía permitir asegurar un cierre definitivo de los cruzados, pero el movimiento por el nordeste podía ralentizarse por el cruce de los arroyos anteriormente comentados. Este planteamiento es puramente hipotético, pero no por ello imposible. Si miramos detenidamente el mapa, veremos que el terreno escogido por el rey Pedro era muy ventajoso para realizar las maniobras necesarias para ejecutar su plan; el enemigo tenía que cruzar una corriente de agua y luchar teniendo este obstáculo en su retaguardia. Además, las fuerzas de Pedro tenían los flancos guardados; el uno, por el campamento tolosano y el otro, por los pantanales y por la torrentera. El planteamiento táctico ideado por Pedro, pues, correspondería a una táctica ambiciosa y reflexionada, nada fruto de la improvisación. A parte de la táctica planeada para el combate entre las fuerzas de caballería, Pedro esperaba contar con una baza importante a su favor: el nerviosismo que la situación podría provocar en el ánimo de Monfort. El rey le había dejado entrar en la villa de Muret sin hostigarlo, pero una vez aislado tras los muros de la ciudad, Monfort se enfrentaba a una dura decisión: arriesgarse a atacar a las muy superiores fuerzas enemigas o quedarse tras las murallas y esperar la derrota tras un largo y penoso asedio. El rey esperaba que Monfort actuase a la desesperada, pero éste, cuya pericia como general había superado en el Languedoc todas las pruebas, no sólo aceptó las condiciones de Pedro II, sino que las superó con éxito, alzándose con la victoria en el campo de batalla.

Llegados a este punto, tras describir el despliegue de las tropas de caballería hispano-occitanas, nos queda por descubrir cuál fue el verdadero papel en la batalla de las fuerzas de infantería. Tradicionalmente se ha criticado al rey Pedro por no haber utilizado a su abundante masa de infantería en la batalla. Sin embargo, hemos de recordar que, aunque parezca que exista una superioridad nominal importante en infantería, en la práctica, son fuerzas que no tienen ni coordinación ni veteranía para entablar una batalla convencional. Oman delimitó el problema indicando que no participaron en los combates, o al menos, su intervención en la batalla campal fue nula. Sin embargo, las fuentes nos indican que la milicia tolosana estuvo asediando Muret, y que fueron cogidos por sorpresa tras la derrota de la caballería aliada. Es, pues, interesante conocer el por qué el rey Pedro prescindió de los infantes en su planteamiento táctico; ¿acaso fue un sentimiento de desprecio feudal hacia los burgueses y campesinos occitanos? ¿desconfianza ante su inexperiencia bélica? ¿susplicia por la actitud del conde de Tolosa?. El rey Pedro, curtido en batallas y asedios sabe que sólo una infantería disci-

plinada y entrenada puede conservar los nervios frente a una carga de caballería pesada y obtener la victoria; y en Muret no dispone de fuerzas con estas características. Plantear una batalla campal con esas fuerzas de infantería es colocarse frente a una derrota segura.

El rey sabe que las tropas y la milicia tolosanas son poco aguerridas, y aunque la mayoría desea luchar, no tienen la preparación ni la experiencia para una batalla campal. Su único empleo efectivo, y con relativo riesgo para el desarrollo del plan del monarca, es su empleo como fuerza de asedio⁷⁰.

De las diferentes fuentes se puede unificar el hecho que en la mañana del jueves 12 de septiembre de 1213 la infantería tolosana avanzó con la intención de proseguir con el asedio iniciado en la jornada anterior. No obstante, las fuentes discrepan sobre la intensidad de las acciones: si para unos se trató de unos claros esfuerzos para tomar la ciudad, para otros no se trató más que de una finta para forzar la reacción de Monfort y que saliera a combatir a campo abierto; esta última explicación se ajustaría más al esquema de batalla planteado, puesto que el rey Pedro buscaría ejecutar una finta con el ataque a las murallas, para provocar una respuesta inmediata en Monfort; de hecho, recordemos que cuando los primeros proyectiles silbaron por el cielo hacia la ciudad, cundió el pánico entre los cruzados: Monfort pidió permiso para atacar, pero los legados insistieron en esperar hasta que llegaran noticias del rey. Lo cierto, pues, es que Pedro envió a la milicia tolosana con sus máquinas para hostigar las murallas, trasladando la presión de los hechos al bando cruzado: tendrían que efectuar una salida para desbaratar el asedio⁷¹, y el rey les estaría esperando con sus fuerzas desplegadas, conforme al plan expuesto con anterioridad.

Mientras todo esto sucedía en el campo hispano-occitano, ¿qué estaba planificando Simón de Monfort? En las fuentes más próximas a la causa cruzada no hay una descripción detallada del orden de combate del ejército de Montfort. La mayoría repiten el dato de la organización en tres

⁷⁰ De ser ciertas las afirmaciones que el rey disponía de una cifra ingente de soldados –incluso se ha barajado la cifra de más de 20.000 infantes– el planteamiento táctico hispano-occitano no se hubiera limitado a mantener a la infantería en una posición tan limitada: su número habría compensado de sobra su inferioridad táctica. Pero lo cierto era que el ejército aliado no disponía ni un contingente tan numeroso ni tan preparado para acometer tal responsabilidad.

⁷¹ La versión de Rafael Dalmau, exculparía al rey Pedro y responsabilizaría directamente a los tolosanos de la derrota; cuando los cruzados se abalanzaron sobre la infantería tolosana, el desorden provocado por su huida frente a la carga cruzada habría impedido que la caballería catalana hubiese formado correctamente, sin posibilidad de desplegarse. En un último intento de mantener el frente, el rey Pedro se lanzaría al combate con su mesnada, para infundir ánimo a sus hombres, y moriría heroicamente en batalla.

cuerpos, pero poco más. Este desinterés histórico o militar contrasta, sin embargo, con un hecho muy relevante desde una perspectiva ideológica: la frecuente identificación de este orden en tres cuerpos con la Santísima Trinidad. De nuevo las crónicas cruzadas unen la realidad con su particular visión del mundo, totalmente condicionada por cuestiones religiosas y morales: incluso en batalla, Monfort honra a Dios y a la Iglesia, organizando sus fuerzas conforme a la doctrina católica –hecho, objetivamente, que carece de fundamento: los cruzados se organizaron en tres cuerpos, siguiendo el tradicional despliegue en vanguardia, centro y retaguardia–. Monfort organizó las tropas formadas en la plaza del mercado de Muret, en tres cuerpos, el primero bajo Guillaume de Contres, el segundo bajo Bouchard de Marly y el tercero, como reserva, a las órdenes del propio Monfort. Se puede comprobar la contraposición que existe entre las diferentes fuentes, no ya a nivel ideológico, sino también a nivel subjetivo-narrativo: mientras Vaux de Cernay destaca en todo momento el papel de Monfort, cosa que le lleva a prescindir de comentar aspectos esenciales de la batalla –que seguramente conocía de primera mano–, la *Canzó* destaca como hecho principal la muerte del rey Pedro, ensalzando sus últimos instantes.

Monfort conoce personalmente al rey Pedro, y sabe de su experiencia guerrera, pero también sabe que es un hombre de honor, y que presentará batalla. Ahí radica la clave del éxito de Monfort: conoce las virtudes y defectos de su adversario, de sus propias fuerzas y las del enemigo, y planteará la batalla a tal efecto⁷². Mientras que el monarca aragonés se encuentra ligado por su propia ética caballeresca, Monfort –que ha combatido en Francia, en Tierra Santa y en Occitania–, se encuentra moralmente libre para acudir a cualquier tipo de táctica: la bendición de la Iglesia y su profunda convicción religiosa le permitirá, en fin, poder hacer valer que realmente, «el fin justifica cualquier medio». El caudillo cruzado se encuentra acorralado en una ciudad, lejos de sus bases operativas. Cuenta con una fuerza numerosa, disciplinada y veterana, pero se enfrenta a un numeroso ejército, a las órdenes de un afamado guerrero. La táctica que deberá usar, si quiere alzarse con la victoria, no se puede basar en un despliegue tradicional; no será suficiente con la veteranía de sus hombres, porque también el enemigo cuenta con guerreros curtidos. Monfort ha de ser capaz de sorprender al ejército enemigo, de dislocar su despliegue, de anticiparse a la maniobra del rey Pedro. Los cruzados están informados de la potencia y

⁷² «El que conoce a su enemigo y se conoce a sí mismo dirigirá cien combates sin riesgos», dice Sun Tsé en su libro *El Arte de la Guerra*.

número de efectivos del ejército meridional⁷³, por lo que la batalla ha de plantearse a tal efecto; si Monfort quiere alzarse con la victoria, sólo puede lograrlo evitando que el ejército enemigo en pleno pueda formar correctamente en orden de batalla; solo tiene una opción: evitar su despliegue y combatir a sus unidades por separado. El conde necesita crear algún tipo de argucia que provoque que el enemigo no pueda formar correctamente para la batalla. Monfort conoce que todas las puertas de la villa están permanentemente vigiladas, y que no cuenta con tiempo ni con espacio suficiente para efectuar ninguna salida. ¿Qué hacer entonces?

La huida fingida será el plan perfecto⁷⁴. Así lo cuenta Puylaurens en su Crónica:⁷⁵ «*Ellos (los cruzados) decidieron no ir directamente contra el*

⁷³ La táctica empleada por Monfort, realizando primero una huida fingida, para después emplear una demoledora carga frontal para obligar a fijar y dislocar la vanguardia enemiga, y asestar el golpe definitivo mediante el movimiento de flaqueo, parece indicar que los cruzados eran conscientes de la envergadura y calidad de buena parte de las fuerzas hispano-occitanas, que respetaban a su enemigo, y que no se dirigían a combatir contra un ejército improvisado que todavía descansaba en sus tiendas, sino que se enfrentaban a una fuerza formada para el combate.

⁷⁴ Como ejemplos de exitosas huidas fingidas tenemos la batalla de Hastings y la batalla de Cocherel. En Hastings (1066), la caballería normanda estrellaba sus esfuerzos ante las murallas de escudos de los sajones; el duque Guillermo, temiendo el fracaso, planeó un cambio de táctica: ordenó a parte de sus caballeros que simularan realizar una carga infructuosa, para después fingir iniciar una retirada. Sus caballeros así actuaron, y lograron que los sajones, convencidos de su victoria, rompiesen su línea de escudos, con la intención de saquear y obtener botín; a una señal convenida, la caballería normanda volvió grupas y se abalanzó sobre los desprevenidos sajones. Con la victoria del duque Guillermo se abrió en Inglaterra una nueva etapa en su historia, la Inglaterra normanda. Por su parte, en la batalla de Cocherel (1357), en el transcurso de la Guerra de los Cien Años, Bertrand du Guesclin se enfrentó a un contingente de mercenarios navarros que defendían posiciones en lo alto de una colina. Du Guesclin ordenó a sus lanceros montados que cargasen montaña arriba, pero a mitad de camino, ordenó un repliegue ordenado de sus hombres, en retirada fingida; los navarros, superiores en número y confiados en su victoria, abrieron filas y corrieron colina abajo en pos de sus atacantes, los cuales, reagrupados en la llanura, cargaron contra ellos, derrotándolos.

⁷⁵ Es necesario incidir aquí como las propias fuentes presentan dificultades en su interpretación razonada, especialmente si no se sitúan en el contexto determinado y en relación con otras fuentes. Así, Puylaurens alude en su relato al temor de los cruzados por los proyectiles de los tolosanos, justamente la idea de defensa propuesta por el conde de Tolosa, según el mismo autor. No cabe duda que Puylaurens deseaba, al escribir su crónica unos 50 años más tarde la batalla, otorgar protagonismo al conde de Tolosa. El autor ni siquiera había nacido en aquella época, y tuvo que recabar necesariamente de la ayuda y el testimonio de supervivientes de la batalla, seguramente veteranos tolosanos. Puylaurens también confunde el lugar de salida de los cruzados y la ubicación del campamento aliado, invirtiendo los lugares, quizás por el hecho de desconocer personalmente la zona o por un error en el testimonio de un superviviente. Lo cierto es que insiste que los aliados creyeron que los cruzados realmente estaban huyendo, y ésta impresión solo podía realizarse teniendo en cuenta que el lugar de salida era el oeste y desde la posiciones hispano-occitanas se tenía una amplia visión de la llanura de Muret y alrededores. A lo largo del texto Puylaurens ha caído en otras confusiones; una de las más relevantes es su afirmación que la batalla se celebró el día 13 de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz; ésta es la fecha en que los prelados escribieron su famosa carta narrando la batalla y loando la victoria de la Iglesia frente a la herejía.

enemigo, puesto que caballeros y monturas estarían expuestos a los proyectiles de los tolosanos; ellos salieron por una puerta que daba al este, como sea que el campo de sus adversarios estaba en el oeste, el enemigo, no conociendo su propósito, pensaría que estaban huyendo. Entonces ellos avanzaron un trecho, cruzaron el río y volvieron a la llanura, cara al enemigo».

La explicación al misterio de la batalla pasa necesariamente en analizar la huida fingida con la irrupción posterior de los cruzados, de manera totalmente sorpresiva. Si los cronistas de la época⁷⁶ mencionan específicamente la huida de Monfort, es que necesariamente se tuvo que producir algún tipo de movimiento de los cruzados, y no tuvo que ser una mera finta, ni pudo producirse, como afirman la mayoría de autores, rodeando la muralla de la ciudad –a todas luces una maniobra lenta, descoordinada y que podía fracasar ante las empalizadas de la puerta de Sant Serni–. Es por ello que debemos ir más allá: la huida fingida se produjo, pero tuvo ser de mayor alcance que el que las fuentes nos indica; Monfort tuvo que recorrer varios kilómetros para dar la sensación de huida. Bernat Desclot, en su Crónica, relata también esta huida, y añade un interesante detalle, que los cruzados desarmaron a sus caballos, para poder «huir más deprisa»; este dato no es baladí, sino que puede indicarnos cómo Monfort priorizaba la maniobra sobre el choque: parte de sus caballos irían casi sin protección para poder evolucionar en el campo de la manera más rápida posible. La sorpresa sobre el enemigo debería ser total.

Monfort, pues, ideó un plan que contrarrestó la táctica del rey Pedro: a la vista del enemigo, los cruzados inician una salida en dirección suroeste, fingiendo una huida. Monfort no podía atacar directamente a los aliados, por la sencilla razón que sus fuerzas no estaban organizadas para la batalla tras cruzar el río; es por ello que necesitaba alejarse del enemigo, tanto para poder organizarse sin recibir hostigamiento de los hispano-occitanos, pero también para confundirles, hacerles creer que el campo estaría despejado y que no habría batalla campal. El plan de Simón de Monfort se basa en el empleo de la maniobra como forma de aproximación y combate efectivo; el caudillo cruzado planea simular una huida, confiando en que sus enemigos consideren que abandona el campo, para después abalanzarse sobre ellos, en formaciones cerradas, descargando toda la fuerza de sus armas y monturas, en tres oleadas sucesivas. Con ello, Monfort espera atravesar todo el despliegue aliado: el enemigo se presenta tan numeroso que una batalla de

⁷⁶ Tanto la Canzó de la Cruzada como la Crónica de Guilhem de Puylaurens hacen mención de la aparente huida de la caballería de Monfort del campo de combate.

resistencia, de larga duración, es impensable, por lo que solo cabe una acción decidida, resuelta y rápida.

¿Cómo fueron, pues, los acontecimientos?

Aquel día 12 de septiembre, el rey Pedro II ordenó a sus fuerzas de infantería que volviesen a atacar las murallas de Muret; el asalto se inició con el lanzamiento de proyectiles, y trabajos de aproximación de asedio: el monarca tanteaba las defensas de la villa –que ya habían cedido a la presión el día anterior– y confiaba que el ejército cruzado respondiera a la agresión desplegándose para entablar combate, siguiendo el modelo tradicional de tres cuerpos, lanzando sucesivas cargas sobre las fuerzas hispano-occitanas.

El ejército hispano-occitano estaba dispuesto para la batalla, seguramente ya en formación de combate, o en el peor de los casos, en estado de alerta para poder intervenir ante una eventual salida de los cruzados para entablar batalla.



Muret en la actualidad; las señales indican el movimiento realizado por las fuerzas cruzadas, el círculo el campo de batalla, y el rectángulo el lugar del campamento hispano-occitano.

Pero pasan las horas y no hay ninguna respuesta. Monfort quiere exasperar la paciencia de los hispano-occitanos: mantiene una defensa firme en las murallas de la ciudad, pero el grueso de sus fuerzas de caballería se encuentra concentrada en la plaza del mercado, a la espera de sus órdenes. Cuando el conde considera que los combates por la posesión de las murallas pueden llegar a un punto crítico, Monfort decide que ha llegado el momento de responder al ataque del rey Pedro. Ordena a sus hombres que se apresten al combate y planea la maniobra y el desarrollo del combate a sus oficiales: las tropas, formadas en tres escuadrones, saldrán de Muret por la puerta de Salas, arrollarán al retén de vigilancia allí estacionado y se dirigirán, al galope, hacia el suroeste, siguiendo el cauce del río Loja. Cuando lleguen al vado que se encuentra a unos cuatro kilómetros, cruzarán el río y volverán a la llanura de Muret, a combatir y a obtener la victoria.

A una señal de Monfort, la puerta de Salas se abre y los cruzados ejecutan el plan. Desde el campo aliado suena la alarma: el enemigo sale a presentar batalla. El rey ordena detener el asalto de la infantería: no desea mantener una batalla en dos frentes. Los infantes se retiran y las fuerzas de caballería toman posiciones en la llanura de Muret. Pero los sorprendidos hispano-occitanos comprueban como los cruzados, lejos de desplegarse para la batalla, huyen por el camino de Salas, dejando atrás la ciudad casi desguarnecida. Sin duda alguna una sensación de victoria recorrería los ánimos de los presentes: la euforia se desata en el bando de los aliados; el odiado enemigo huye. La victoria es segura. Confiado al ver como los últimos jinetes cruzados desaparecen en el horizonte, el rey Pedro ordenará a la infantería que reinicie el asalto hacia la desprotegida villa, mientras los caballeros rompen filas y se retiran al campamento.

Mientras, los cruzados prosiguen su frenético avance hacia el sur: al llegar al vado del Loja, los guías indican que es el momento de cruzar. Ya en la otra orilla, Monfort ordena que las fuerzas se reagrupen: es el momento crucial, una vez que se dé la orden de atacar, ya no habrá tiempo ni espacio para efectuar cambios. Los *conrois* se agrupan ante sus banderas e inician la marcha, primero al paso, después al trote, y cuando están cerca de las estribaciones de las colinas de Perramon, a poco más de 2 kilómetros del campamento aliado, se inicia un frenético galopar, siempre en orden, manteniendo la formación.

Un caballo, al paso, camina a 6 km/hora, trota a una velocidad de unos 10 km/h y puede llegar a galopar a una media de 18 km/h, si bien pueda alcanzar una punta de velocidad de entre 55 km/h hasta los 70 km/h, en distancias relativamente cortas; en función de la raza del animal, de los cuidados y alimentación recibidos, del peso de las protecciones, de las condicio-

nes del terreno y del medio, y por supuesto, del peso del jinete y su armadura, estas velocidades sufren de importantes variaciones. Sin duda alguna, Monfort, conocedor de estas cualidades, supo sacar el máximo provecho de ellas para poder regresar a la llanura de Muret, acelerando el ritmo de sus fuerzas a medida que se dejaban atrás los meandros del Loja y ante ellos se abría los llanos de Pesquies y las estribaciones de Perramon. No hay que olvidar que un caballo puede alcanzar su velocidad máxima a los 300 metros de largada, o alrededor de 7 a 10 segundos, por lo que a unos 500 metros de su objetivo, Monfort daría la señal de cargar al límite de sus fuerzas.

En la llanura de Muret, nadie es capaz de imaginarse los acontecimientos que están a punto de sucederse. Mientras los infantes aproximan las máquinas hacia las fortificaciones de Muret, los caballeros se retiran hacia el campamento, para descansar; algunos cabalgan lentamente por el campo, con sus sirvientes, contemplando el espectáculo de la victoria: la ciudad está madura para ser tomada. En aquel momento, mucho tiempo después que el último jinete cruzado hubiese desaparecido tras los meandros del Garona, de repente, cuando nadie se lo espera, aparece en la lejanía un cuerpo de caballería al galope, en formación de ataque: son los cruzados, que han regresado, tras dar un gran rodeo, y avanzan imparables por la llanura. En el campamento aliado corre la voz de alarma⁷⁷; los caballeros corren a armarse, mientras los sirvientes aprestan las armas y ensillan a los *destriers*. Las órdenes que se imparten son las de formar en el orden de batalla establecido: hombres de Foix y catalanes en primera línea, los aragoneses en el centro. En pocos minutos los hispano-occitanos han formado sus fuerzas, pero no han tenido tiempo suficiente para organizarse conforme al plan trazado, tan solo pueden formar una confusa y abigarrada línea.

Sólo la explicación de la sorpresiva entrada en escena de los cruzados, cuando las fuerzas de caballería aliadas se dispersaban hacia el campamento o cuando buena parte de ellas ya estaban desarmándose, puede explicar aquello que el rey Jaime diría en su crónica, que los catalano-aragoneses se lanzaron a la lucha sin guardar la cohesión que exigía la *natura de armas*⁷⁸.

⁷⁷ El poema épico de la Canzó relatará así los hechos: *Los hombres de Tolosa todos han corrido, que ni el conde ni el rey fueron creídos, porque no supieron nada hasta que los cruzados hacia ellos fueron.*

⁷⁸ Los cronistas y combatientes medievales eran conscientes que la precipitación provocada por la ruptura del orden de combate antes de recibir las órdenes adecuadas conducía invariablemente a la derrota. El rey Jaime había sido consciente de ello en la única batalla en la que participó a lo largo de sus 80 años de vida, la batalla de Porto Pi: el rey se centra en explicar los preparativos ceremoniales del combate, especialmente en el terreno religioso –misa de campaña y alocuciones del rey a la tropa, etc.–, pero no detalla ningún consejo de guerra ni el orden de batalla establecido; sólo los acontecimientos en las que aparece la figura del monarca son descritos con minucio-

La precipitación de los acontecimientos produjo que los caballeros hispano-occitanos fuesen al combate en grupos poco compactos, cada caballero y sus sirvientes en su propio *convois*, sin poder desplegarse en línea, mezclados los pesados caballeros con sus sargentos y escuderos en la misma línea, sin garantizar ninguna defensa cohesionada y sin desplegar correctamente las alas del ejército.

Por su parte, los cruzados estaban dispuestos según un despliegue clásico de batalla: en las primeras líneas, los caballeros, con su armadura y armamento pesado, y detrás de ellos y en los flancos, en función de su equipo, los escuderos y sargentos; con este despliegue se conseguiría que el impacto de las cargas sobre las filas enemigas fuese, sencillamente, demolidor. Los caballeros cruzados podrían penetrar profundamente en la vanguardia hispano-occitana, y el concurso de los sirvientes les permitiría mantener el empuje y atravesar la formación enemiga.

De hecho, la táctica que planteaba Monfort, vista con objetividad, realmente es suicida: cargar frontalmente contra fuerzas muy superiores en número. Es cuestionable, pues, que un hombre con la experiencia militar de Monfort se limitase sólo a ejecutar un único movimiento, a arriesgarse todo en una alocada cabalgada de destino incierto. No hay que olvidar que Monfort había combatido en Tierra Santa, contra tribus turcas y árabes, por lo

sidad, de tal manera que, a la luz de la Crónica, la batalla solo podía tener un único resultado: la victoria del rey Jaime. Pero de los párrafos de la narración se vislumbra que la batalla no se sucedió de una manera ordenada y planificada, y que el soberano apenas pudo dirigir a sus tropas, ni transmitir ningún orden ni plan de batalla. Los nobles de la familia Montcada –los mismos que en 1213 formaban el segundo cuerpo de ejército del rey Pedro II, y que no llegaron a entrar en combate por encontrarse todavía en marcha de aproximación–, iniciaron por su cuenta el avance hacia el enemigo –con miras a acrecentar su prestigio y fortuna–; el rey Jaime no pudo detenerles –por su escaso liderazgo y prestigio militar– y mientras intentaba poner orden en su cuerpo de ejército, la vanguardia cayó en una emboscada. Apresuradamente, el rey partió con su mesnada aragonesa y tropas reales hacia la batalla, mientras enviaba mensajeros para que la retaguardia –comandada por su tío-abuelo Nuño Sanz–, apresurase su marcha para unirse al combate. En estas alturas del relato se observan las deficiencias tácticas del monarca: no ha establecido ningún plan de batalla, no ha impuesto su autoridad entre los capitanes de su ejército, no ha enviado exploradores que reconozcan el terreno, no despliega alas en el avance, resuelve el desarrollo del combate mediante cargas frontales –sin tener en cuenta la maniobra–. Imprudentemente, Jaime I, a la vista del presumible desastre, se dirige directamente hacia la batalla, apenas escoltado por un grupo de caballeros –tal y como se describe la actuación de su propio padre en Muret, ¿casualidad?–. En su Crónica el rey Jaime reconstruyó los hechos de la batalla a su propia conveniencia, pero no hay duda que ocultaba en sus pasajes una profunda vergüenza por su propia incapacidad militar: ¿es descabellado pensar que, en el relato de Muret el monarca no hubiera vertido sus propias vivencias, y que esas palabras fueran una llamada a la obediencia de sus súbditos? ¿Acaso el monarca podía reconocer que su padre –realmente mucho más experto que él mismo en cuestiones de guerra– le había podido superar en táctica militar? ¿Podían cometer los mismos errores un maduro y curtido guerrero Pedro, de 37 años, que un joven imberbe de 21 años?

que conocía de la eficacia de la táctica por encima de la simple fuerza bruta; los musulmanes gustaban de utilizar ardidés (huidas falsas, emboscadas, contramarchas, flanqueos y envolvimientos) con lo que el caudillo cruzado tendría un amplio repertorio de tácticas a las que recurrir en aquellas circunstancias. Por ello se tiene recurrir necesariamente a pensar que Monfort tenía en mente algún tipo de táctica más sofisticada que, simplemente, confiar en la pericia y profesionalidad de sus tropas.

Los cruzados siguen su frenético galopar; pocos son los metros que les separan de las líneas enemigas; experimentados guerreros, los soldados de la Cruz saben perfectamente que cuando se efectue el choque contra las primeras líneas hispano-occitanos, rápidamente deben traspasar esa primera *batalla*, de manera que no se de al enemigo tiempo de volver a agruparse, y así, mantener la ventaja numérica en cada uno de sus ataques. A su encuentro se lanzan los hombres del primer contingente aliado; alrededor de 300-400 jinetes catalanes y de Foix chocan sus armas con los cruzados. Los dos cuerpos de batalla cruzados, con gran experiencia, lograron sincronizar enormemente sus cargas, por lo que los efectos de su choque fueron mayores.

En el momento del combate, la superioridad cualitativa de los cruzados se impuso: los aliados, sorprendidos por la carga cruzada, no formaron una línea compacta, y tras el choque inicial, la acción se desarrolló en un conjunto de combates a pequeña escala, primando el desorden a la cohesión. Vaux de Cernay relata que los aliados estaban listos para el combate y «numerosos como el universo»; si bien con estas palabras sólo haría más que honrar y magnificar la figura de Monfort —que gracias a su condición de *miles Christi elegido*, triunfará sobre los enemigos de la Iglesia, a pesar de su número—, nos permite deducir que, a pesar de la improvisada reunión de las tropas de caballería del ejército hispano-occitano, éste pudo formar en buen número, hasta llegar al punto de prácticamente absorber la carga de los caballeros cruzados. La eficacia de la táctica del choque de caballería pesada residía en poder mantener una línea compacta, hasta el momento del contacto con el enemigo. Sólo fuerzas entrenadas y bien disciplinadas podían efectuar completamente esta acción. El hecho que los caballeros se agrupasen en *conroi*, los continuos entrenamientos, etc. permitían que una fuerza pudiera alcanzar ese grado de profesionalismo necesario para poder rehuir del individualismo innato del caballero medieval.

Los aliados no habían combatido juntos, y muchos de ellos tenían poca experiencia de combate. No obstante, no hay que olvidar que en la primera batalla aliada formaban las fuerzas de Foix —veteranos de la guerra albigena y vencedores morales de Castelnou d'Arri— y junto a ellos, tropas catalanas —también entre sus filas habrían veteranos de las Navas—. Por ello

se hace difícil dar como respuesta que los hispano-occitanos hiciesen gala de un individualismo tal que les provocara el desastre, o que simplemente, formaron inadecuadamente y que rompieron filas en búsqueda de la gloria personal. Rechazando, pues, la tradicional visión de Muret, que basa la derrota de los aliados, a causa del innato desprecio deliberado a las órdenes del mando, en beneficio de acciones individuales de prestigio, la batalla de Muret se explica sólo por la precipitación sobrevenida con la aparición de los cruzados. Si los aliados hubiesen formado en la formación ideada por el rey Pedro, y en una correcta línea de batalla conforme a *natura d'armes*, habrían absorbido las cargas cruzadas, como indica el propio Vaux de Cernay.

La dureza de los combates debió ser extrema: la primera oleada de caballeros cruzados abrieron una brecha entre las formaciones hispano-occitanas, y el segundo cuerpo impactó momentos después, con lo que los caballeros de Cristo, que se habían adentrado profundamente en la primera línea aliada, se vieron envueltos por todos lados por el enemigo. Ante la imposibilidad de retirarse y formar de nuevo para lanzar una nueva carga, se iniciaron así unos violentos combates cuerpo a cuerpo, donde la lanza, rota en el primer impacto, era sustituida por la espada y la maza. Los cruzados, veteranos, combatieron amparados en la fortaleza de sus *conrois*, siempre unidos y disciplinados. Poco a poco, los cruzados van atravesando la formación hispano-occitano, hasta llegar a campo abierto; enfrente se encuentran con el segundo cuerpo aliado, con los estandartes de Aragón ondeando al viento. Están enfrente del corazón enemigo. Ahora o nunca.

Hasta aquel momento, la táctica del rey Pedro había resultado efectiva, a pesar de la improvisación de las formaciones. Sin embargo, el monarca era consciente que la primera batalla aliada estaba perdiendo fuerza y resistencia, y que el resultado final del combate dependería del choque con el centro del ejército hispano-occitano. Cuando el rey vio aparecer las enseñas de Monfort por entre las líneas de los soldados de Foix, debió comprender que el momento crucial había llegado y ordenó una carga. Por su parte, una vez desbaratada la vanguardia hispano-occitana, los cruzados avistan las enseñas reales en el segundo cuerpo, y espolean sus monturas hacia el corazón del ejército enemigo.

Los franceses, a pesar de estar superados en número, entre el primer y segundo cuerpo de los hispano-occitanos, van abriéndose camino gracias a su veteranía: lentamente, se aproximan combatiendo hacia donde ondea el emblema real; finalmente, algunos caballeros alcanzan su objetivo y se enzarzan en un brutal cuerpo a cuerpo con los hombres de la mesnada real: el rey Pedro, que por motivos de seguridad portaba una armadura sin las

enseñas reales⁷⁹, se ve rodeado por los cruzados, y a pesar que se identifica –dicen los cronistas que gritó varias veces «Soy el rey»–, la violencia del combate no da resquicio a la clemencia: los franceses acometen contra él y acaban con su vida y con sus escoltas.

Mientras aquellos sucesos acontecían, la marcha de la batalla todavía estaba indecisa: los cruzados estaban rodeados por los hispano-occitanos, y desbordados por su número, parecía que iban a sucumbir. Pero la táctica de Monfort escondía una última maniobra, una estratagema hábilmente desarrollada que le permitiría alzarse con la victoria...

En las fuentes se indica que Simón de Monfort cargó de flanco contra el ejército hispano-occitano, totalmente desguarnecido; a pesar que del relato de Vaux de Cernay parece desprenderse que el flanqueo no fue ideado de antemano, sino que Monfort, a la vista de los acontecimientos, con sus batallas totalmente rodeadas de fuerzas enemigas, decidió flanquear a sus enemigos, no hay que olvidar que el monje cronista podría estar embelleciendo los relatos de la batalla, con el único objetivo de servir de ensalzamiento a las hazañas de su benefactor, el conde Monfort.

No parece extraño, pues, pensar que Monfort tenía ya de antemano ideado el ataque de flanco: la aproximación táctica que había realizado desde el este, la imposibilidad de poder sincronizar las cargas –cómo si habría podido hacer en el caso que hubiese mantenido una posición lineal y estática de batalla– indicarían que Monfort siguió un movimiento de carga conocido como *echelon*:⁸⁰ mediante este despliegue, las fuerzas atacantes avanzaban en varias líneas sucesivas, pero ligeramente desplazadas respecto del eje de avance de la línea anterior. Bajo este supuesto, Monfort, desde su posición, podría haberse desplazado casi totalmente paralelo al combate entre sus dos cuerpos y las fuerzas hispano-occitanas. El ataque lateral de Monfort fue decisivo para completar la destrucción del dispositivo aliado,

⁷⁹ La leyenda negra del rey Pedro incide en este hecho, y explica que, supuestamente, el rey había mantenido una apuesta con uno de sus caballeros, la noche antes de la batalla; puesto que el monarca perdió la partida, gentilmente le regaló su armadura: por ello Pedro II fue al combate con una armadura de inferior calidad. La explicación de tal hecho es mucho más compleja: el monarca, forzado a combatir con solo dos cuerpos, puesto que el conde de Tolosa no se había incorporado al despliegue, y consciente que él debía estar presente en el orden de combate, busca proteger su persona, portando la armadura de otro caballero, mientras un hombre de su entera confianza se presenta voluntario para llevar los emblemas reales: protegido por sus guardias, y bajo el anonimato de una armadura corriente, el rey Pedro puede dirigir la batalla desde una posición táctica de primera línea.

⁸⁰ Una variante muy sofisticada, derivada del despliegue táctico del *echelon*, fue el orden oblicuo, usado ya por los tebanos en la batalla de Leuctra (371 aC) y por Federico II el Grande en la batalla de Leuthen (1757).

pero, por lo anterior se desprende que no constituyó un elemento total en la batalla, puesto que tras la muerte del rey, los aliados se desmoronaron.

La noticia de la muerte del rey paraliza al ejército aliado, impidiendo que el resto del ejército pueda intervenir a tiempo; de hecho, parece que dos tercios del ejército hispano-occitano abandonaron el campo de batalla sin haber combatido. Las fuentes de la época loaron el comportamiento valiente y caballeresco del rey, incluso las crónicas francesas, las cuales, obviamente, ahondan en sus defectos y lo definen como «defensor de herejes». De hecho, los cronistas sólo destacan la figura del rey, sin tener en cuenta a otros personajes históricos del bando hispano-occitano, o sin relatar con esmero el despliegue táctico o los propios avatares de la batalla; solo trasciende la actuación individual del rey Pedro como caballero, que haciendo honor a su nobleza de sangre, se dirige a la lucha, sin valorar ninguna circunstancia. Constituye, pues, el paradigma del caballero medieval.

Todos los autores coinciden en el hecho que el combate fue intenso pero muy breve, parece que menos de media hora, a lo sumo. En todo caso, nos daría la imagen que el grueso de las tropas aliadas ya estaría en combate; fue entonces cuando las noticias de la muerte del rey Pedro provocarían el desmoronamiento de las fuerzas aliadas. Con la huida generalizada de las fuerzas de caballería combatientes hispano-occitanas, el miedo se transformó en pánico, y la retirada se convirtió en una auténtica huida generalizada. Los grupos que intentaron resistir fueron dispersados por la marea de fugitivos que huían en todas direcciones. Una vez despejado el campo de batalla, Monfort dirigió sus fuerzas hacia la infantería tolosana que seguía asediando la villa de Muret, ajena al combate de caballería.

La milicia tolosana, de una calidad bélica mínima, sin armamento adecuado, no contaba con ninguna posibilidad de resistir a la carga cruzada. Los infantes fueron perseguidos y cazados, a lo largo del camino de Muret hacia el campamento aliado; muchos de ellos intentaron alcanzar las barcas que habían llevado los suministros y las armas desde Tolosa. Otros fueron menos afortunados, y buscaron la salvación en las aguas del Garona, intentando cruzar a nado el río; la mayoría acabaron ahogados. En Muret, la masacre que se cernió entre las fuerzas tolosanas alcanzó una cifra tal que las fuentes magnificaron en grado sumo: entre 10-15.000 infantes murieron en la llanura de Muret y en las aguas del río Garona. En Tolosa, «todas las casas tuvieron que guardar luto, porque en todas había muerto algún miembro de la familia», se diría más tarde. De cualquier manera, el impacto de la masacre fue total.

En Muret, rey y pueblo llano sucumbieron ante la fuerza de los guerreros de Cristo, aquellos que confundieron sus propios intereses con los de la

Iglesia, aquellos que, con la excusa de erradicar una concepción religiosa diferente, buscaban destruir todo aquello que significaba diversidad y libertad espiritual. La muerte del rey Pedro en el campo de batalla significó el principio del fin de la concepción caballeresca medieval, el inicio de un nuevo modelo de sociedad en Occitania, el punto de partida de la expansión francesa, y el cambio de rumbo en la historia de la Corona de Aragón.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVIRA CABRER, Martín: *El jueves de Muret (12 de septiembre de 1213)*. Universidad de Barcelona. Barcelona, 2002.
- ANGLADE, Joseph: *La bataille de Muret, 12 septembre 1213*. Édouard Champion. París, 1913.
- BAGUÉ, Enric: «Pedro el Católico», en *Los primeros condes reyes. Colección Historia de Cataluña*. Ediciones Vicens-Vives. Barcelona. 1991
- BARBER, Richard: *The Knight and Chivalry*. Woodbridge Boydell Press. Londres, 1995.
- BEELER, John: *Warfare in Feudal Europe 730-1200*. Cornell University Press. Londres, 1971.
- BELPERRON, Pierre: *La Croisade contre les albigeois et l'union du Languedoc a la France 1209-1249*. Plon. París, 1946.
- CALPENA, Enric i JUNQUERAS, Oriol: *Guerres dels catalans*. Pòrtic. Barcelona, 2003.
- CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Labor. Barcelona, 1984.
- DALMAU FERRERES, Rafael: *La herejía albigense i la batalla de Muret*. Rafael Dalmau Editor. Barcelona, 1960.
- DELBRÜCK, Hans: *History of the art of war within the framework of political history*. Greenwood Press. Westport. 1975-1982.
- DELPECH, Henri: *Un dernier mot sur la bataille de Muret*. Picard. París, 1878
- DESCLOT, Bernat: *Crònica*. Edicions 62. Barcelona, 1982.
- DIEULAFOY, Marcel Auguste: *La bataille de Muret*, IMNF. París, 1899
- ENCEL, Frédéric: *El arte de la guerra. Estrategas y batallas*. Alianza Editorial. Madrid, 2004.
- ESCURA i DALMAU, Xavier: *Crònica dels càtars. El genocidi occità, la batalla de Muret i l'enigma del Sant Grial*. La Magrana. Barcelona, 2002.
- ESCURA i DALMAU, Xavier: *Els mites de Muret i Montsegur*. Rafael Dalmau Editor. Barcelona, 2003.
- FLORI, Jean: *La Caballería*. Alianza Editorial. Madrid, 2001.
- GARCÍA FITZ, Francisco: *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*. Arco Libros. Madrid, 1998.
- GARCÍA FITZ, Francisco: *Las Navas de Tolosa*. Ariel, Barcelona, 2005.
- HERNÁNDEZ, Francesc Xavier: *Història militar de Catalunya*. Rafael Dalmau Editor. Barcelona, 2002, vol.II.
- JAIME I: *Crònica*. Edicions 62. Barcelona, 1982.

- JOMINI, Antoine Henri de: *Compendio del arte de la guerra*. Ministerio de Defensa. Madrid, 1991.
- JURADO GÓMEZ, Bernardo: «Estrategia y táctica en la batalla de las Navas de Tolosa» en *I Jornadas de Estudios Históricos «La Batalla de las Navas de Tolosa»*, Jaén 1998.
- KEEN, Maurice: *La Caballería*. Ariel. Barcelona. 1986.
- KEEGAN, John: *Historia de la Guerra*. Planeta. Barcelona, 1995
- LOSADA, Juan Carlos: *Batallas decisivas de la Historia de España*. Punto de Lectura. Madrid, 2006.
- LOT, Ferdinand: *L'art militaire et les armés au Moyen Age en Europe et dans le Proche Orient*. Payot. París, 1947.
- MARTÍNEZ TEIXIDÓ, Antonio: *Enciclopedia del Arte de la Guerra*. Planeta. Barcelona, 2001.
- MESTRE I GODES, Jesús: *Els càtars. La vida i la mort dels bons homes*. Edicions 62. Barcelona, 2000.
- MIRET Y SANS, Joaquim: *Itinerario de rey Pedro I de Cataluña, II en Aragón*. Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Tomos III y IV. Barcelona, 1905-07.
- NICHOLSON, Helen: *Medieval warfare. Theory and practice in the middle ages*. Greenhill Books. Londres, 1991.
- OMAN, Charles: *The Art of War in the Middle Ages (378-1515)*. Greenhill Books. Londres, 1991.
- RIQUER, Martí de: *L'arnés del cavaller. Armes i armadures catalanes medievals*. Ariel. Barcelona. 1968.
- ROQUEBERT, Michel: *La Croisade albigeoise*. Loubatières. Portet-sur-Garonne. 1987.
- ROVIRA I VIRGILI, Antoni: *Història de Catalunya*. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1977, vol. IV.
- SELLA, Antoni y FERNÁNDEZ, Jaume: «1213. La batalla de Muret», en *Revista Sàpiens*, Junio 2005.
- SOLDEVILA, Ferran: *Història de Catalunya*. Editorial Alpha. Barcelona, 1963.
- SOLER DEL CAMPO, Álvaro: *El armamento medieval hispano*. A-Z. Madrid, 1984.
- SUMPTION, Jonathan: *The Albigensian Crusade*. Faber&Faber. Londres, 1978.
- SUNYER, Magí: *Els mites nacionals catalans*. Eumo Editorial. Vic, 2006.
- TUDELA, Guillem de: *Cansó de la Crozada*. Proa. Barcelona, 2003.
- VAUX DE CERNAY, Pierre: *Historia albigensi*. Boydell & Brewer. Londres, 1998.

- VENTURA, Jordi: *Pere el Catòlic i Simó de Monfort*. Selecta-Catalonia. Barcelona, 1996.
- VV.AA.: *La consolidación de la Corona de Aragón*. Edicions Aragó. Barcelona-Zaragoza, 2000.
- VV.AA.: *Técnicas bélicas del mundo medieval*. LIBSA. Madrid, 2007.
- WADDELL, Jack: *Medieval arms, armor and tactics*. Worcester Polytechnic Institute. Worcester, 2000.
- ZURITA, Jerónimo de: *Anales de la Corona de Aragón*. Institución Fernando el Católico.